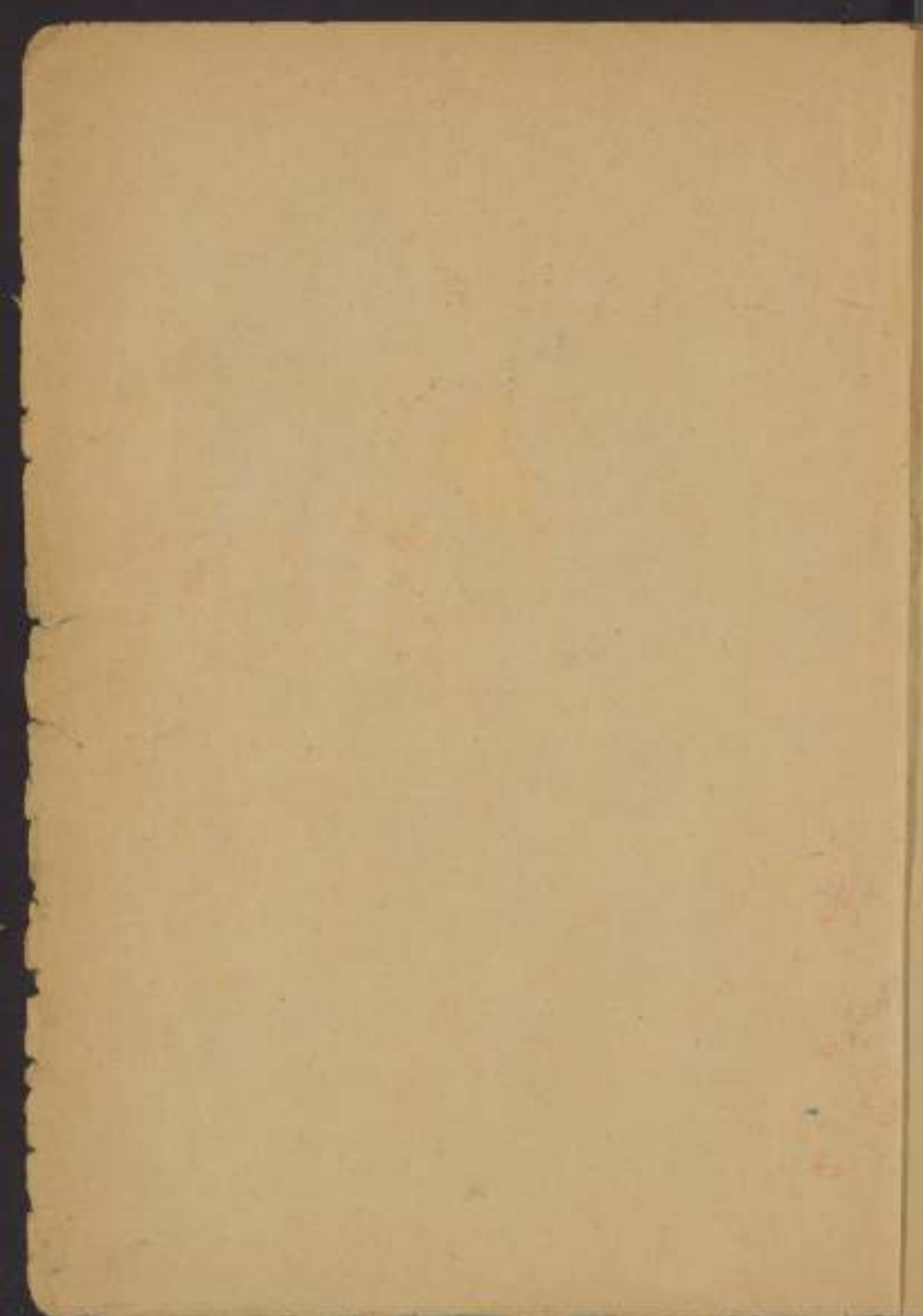


DESEO

MARLENE DIETRICH
GARY COOPER



EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS





Reservados los derechos de
traducción y reproducción

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER

DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES

Valencia, 234 - Ronda Corrua 707 - Telef. 70657 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS

Sociedad General Española de Librería - Barberá, 16 - Barcelona

EDITORIAL

"ABAS"

Publicación semanal

Año XII

Núm. 225

DESEO

¿Qué importa a veces el lujo, la vida de placeres,
llena de falsos oropeles, si en ella no tiene cabida
el amor? ¿Y qué importa abandonarlo
todo cuando una pasión nace en el corazón?
El amor implica renunciamiento a todo,
dejación de la vanidad para esclavizarse
a ese sentimiento que une los
corazones, que aprisiona los seres
y que ilumina la existencia con
fuerza imponderable. Y una
prueba de ello nos la da la
heroína de "DESEO", la
mujer que huye de las
leyes, para caer más
tarde en otra ley
eterna e imperecedera,
el amor.

Creación de

Mariene Dietrich

y

Gary Cooper

PRODUCCION



DIRECTOR:

J. M. MESSER

Teléfono 75005

Paseo de Gracia, 91 - BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

Madalena de Sazupre MARLENE DIETRICH
Tom Brandley GARY COOPER
Carlos Margoli John Halliday
Sr. Gibson William Frawley
Aristides Duval Enel Corsari
Eduardo Pauquel Alan Mowbray

Director

FRANK BOZARGE

Supervisor

ERNST LUBITSCH

DESEO

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

UN COLLAR DE PERLAS DE DOS MILLONES

En la gran fábrica de automóviles Bronson, establecida en París todo era actividad y optimismo. En aquellos días acababa de lanzarse al mercado un nuevo modelo de 8 cilindros y se debía precisamente a la inventiva del gran ingeniero mecánico Tom Bradley, muchacho de una inteligencia extraordinaria que había sido enviado a la fábrica, desde Detroit, para que realizase aquel modelo, en el que los directivos de la fábrica de automóviles tenían todas sus esperanzas.

Tom Bradley era el prototipo del muchacho americano, lleno de optimismo y de juventud, a quien jamás los contratiempos de la vida le habían hecho perder su buen humor.

A pesar de su estatura, mucho mayor que la corriente, Tom era un verdadero chiquillo, es decir, era un hombre con alma de niño, de quien se hacía, con halagos, cuanto se quería.

A veces parecía enfadarse, pero sus enfados duraban tan poco tiempo que sus jefes no hacían caso de él, sabiendo que al cabo de una hora iba a hacer lo que en principio les negaba.

Era conocido dentro de la propensión, no solamente por su gran experiencia, sino por su simpatía extraordinaria que lo había convertido en un camarada queridísimo de todos sus compañeros.

Pero se daba el caso de que Tom Bradley comenzaba ya a sentir la nostalgia de su país, llevaba dos años trabajando en París y todavía no había podido disfrutar de unas vacaciones a las que se creía con perfectísimo derecho.

Una mañana se hallaba en el antedespacho del director Gibson y mientras esperaba para ser recibido, quiso ensayar la forma en que debía de hablarle y se encará con el sillón en el que acostumbraba a sentarse el señor Gibson y a gritar:

—Yo quiero hacer vacaciones y usted tiene que concedérmelas.

Dió unos paseos por la habitación y de nuevo se acercó al sillón y siguió diciendo:

—¡No puede usted negármelas!... ¡Si no me las da me las tomo yo mismo! ¡Despidame si es capaz... Envieme otra vez a Detroit!

En aquel instante un ordenanza de la fábrica entró en el despacho donde estaba Tom y cortó

su conversación diciéndole, después de mirarle algo extrañado de verle hablar a solas:

—Señor Bradley, el señor Gibson le espera en su despacho.

Tom entró resuelto a ver al director, aunque, a penas traspasó la puerta, desapareció de él toda aquella decisión y esperó a que el director le hablase.

El señor Gibson se le quedó unos instantes mirándole, y luego sonrió paternalmente diciéndole:

—Esas vacaciones que pide se le darán.

Tom lo miró sorprendido. No le cabía duda de que había oído todo lo que él le había dicho al sillón, y cuando quiso excusarse, el mismo señor Gibson no le dejó hablar para seguir diciéndole:

—No se apure. Tendrá usted quince días de vacaciones... ¿Le gustaría pasarlos en España?

—Encantado, señor Gibson — exclamó Tom —. Ver España ha sido el sueño de toda mi vida. Ya me estoy viendo en los toros y teniendo a mi lado una de esas lindas españolitas... Estoy alegre...

—Y para que vea usted hasta qué punto le apreciamos le vamos a dar un Bronson 8, para que haga usted el viaje.

Tom, apenas si daba crédito a

todo lo que le decía el director. El quería pedir vacaciones, pero eso de que hasta le facilitasen el medio de locomoción era mucho más de lo que él hubiera solicitado de los directores.

—Ahora bien—siguió diciéndole el director—solamente le vamos a poner una condición.

—¡Ya salió la condición! —pensó para sí Tom, pero sin querer exteriorizar su pensamiento hasta que el señor Gibson le dijese cuál era.

—La condición que le imponemos es que en la parte trasera del coche lleve usted un anuncio de la casa. ¿Le importa?

—No tengo inconveniente —respondió Tom.

El señor Gibson hizo sonar un timbre y pocos segundos después apareció el ordenanza llevando dos discos de telas para ser colocado en la parte trasera de los coches. Los miró atentamente y luego leyó la inscripción de uno que decía:

«Estoy contento con mi Bronson 8.» El otro llevaba otra inscripción que decía: «Estoy encantado de mi Brouson 8.»

—¿Cuál de los dos le parece mejor?—le preguntó el señor Gibson.

—Son muy diferentes el uno

del otro—le respondió Tom—. Figúrese usted que yo voy de paseo por el Boulevard y me le encuentro y le digo: «Estoy encantado de verle, señor Gibson», pues ha dicho una tontería, porque no estoy encantado.

El director le miró extrañado y Tom, sin dar importancia a lo que acababa de decir, siguió dando la otra explicación.

—Por el contrario, me veo acorralado por una amiguita, al fin consigo perderla de vista, pues entonces tengo que decir: «Estoy encantado de no verla más». ¿Comprende usted la diferencia?

—Lo único que comprendo —le respondió el señor Gibson—, es que debe usted elegir uno de los dos discos y salir inmediatamente para España.

—Así lo haré—respondió Tom.—Dentro de un par de horas salgo camino de San Sebastián.

Y, en efecto, dos horas más tarde Tom marchaba por las calles de París para dirigirse hacia la frontera, sin acordarse de que había guardias urbanos, ni señales de circulación.

En una de las calles más céntricas no se fijó que todos los coches se paraban, y él siguió su marcha hasta que el silbato del

urbano lo detuvo y le preguntó el ordenador de la circulación:

—¿Adónde va usted?

—¡A España!—respondió automáticamente Tom.

—¡Atrás!—le gritó el urbano.

Tom hizo marcha atrás, pero con tan mala fortuna que su coche rozó el parachoques de un magnífico automóvil blanco que iba tras él. El lacayo del coche se apresuró a salir del vehículo para ver el desperfecto que había ocasionado el auto de Tom, pero desde dentro del coche una voz femenina llamó al chofer y le dijo:

—Dígale a Charles que suba y no se entretenga.

El conductor dió la orden al lacayo y éste volvió a subir al pescante, reemprendiendo de nuevo la marcha.

Cruzó el automóvil blanco varias calles, hasta que por fin se detuvo ante una joyería. La dama que ocupaba el vehículo, antes de salir leyó la inscripción de la casa de joyas que decía «Duval y Compañías». Sonrió satisfactoriamente y descendió del coche, entrando resucitamente a la tienda.

Su presencia llamó inmediatamente la atención de la dependencia y de cuantos clientes ha-

bían en aquel momento. La belleza de aquella mujer, a pesar de querer ser excitante, ocultaba, sin embargo, una dulzura encantadora. Vestía con una elegancia extrema y su cuerpo flexible, como la rama de un almendro se balanceaba suavemente al andar, haciendo resaltar las formas de su cuerpo, de una estética escultórica. Sus ojos azules, rasgados infinitamente, poseían un brillo seductor, que al mirar parecía adormecer bajo un poder hipnótico, al que al mismo tiempo parecía acariciar.

Llegó la dama hasta uno de los dependientes y éste le preguntó solícito:

—¿Qué desea la señora?

—Perlas—respondió ella.

—Tenemos un gran surtido de ellas—le dijo el dependiente—. Desde mil francos hasta dos millones.

—No me importa pagar tres millones, si la joya me gusta—respondió secamente ella.

Aquella contestación dió lugar a que el dependiente se diera cuenta de que no se trataba de una cliente vulgar, y le dijo:

—En este caso, es mejor que el mismo señor Duval le atienda. El le podrá enseñar la colección de collares de perlas de alto pre-

cio. ¿Tiene la bondad de venir?

La dama siguió al dependiente hasta otro despacho cerrado por unas verjas, y una vez que le ofreció asiento, entró en busca del dueño de la joyería, indicándole el deseo de aquella cliente.

El señor Duval abrió una mirilla disimulada que había en la pared para ver de quién se trataba y vió a la dama que permanecía sentada en el mismo sitio donde la había dejado el dependiente. Después de mirarla unos segundos, salió adonde ella estaba, diciéndole al dependiente:

—No sé quién podrá ser... Desde luego no la conozco.

Una vez que estuvo junto a la dama, la saludó cortésmente diciéndole:

—Señora. Es un verdadero placer verla en mi casa. Desde luego, usted no es cliente.

—No—respondió ella.

—¿Y en qué puedo servirla, señora...

—Pauquet—respondió ella.

—¡Ah!, es usted la señora Julia Pauquet.

—No—respondió ella moviendo negativamente la cabeza y sonriendo—. Soy la señora del doctor Eduardo Pauquet.

—¡Del célebre alienista!—ex-

clamó entusiasmado el joyero—. ¿Quién no le conoce en París?... No tengo el gusto de conocerle personalmente, pero su celebridad es suficiente para que recuerde su nombre.

La dama hizo un gesto como dándole a entender que no le interesaba aquella conversación, y el joyero se apresuró a ofrecerle un cigarrillo de una caja que había sobre la mesa, rehusándolos ella al mismo tiempo que le decía:

—Gracias, no los uso.

—Ni yo tampoco — respondió el joyero—. No me gusta echarle el humo a los ojos a nadie.

La dama cruzó una pierna sobre otra, dejando ver una pantorrilla admirablemente formada, y le dijo:

—Descaría ver un collar de perlas.

—Inmediatamente — respondió el joyero, llamando al dependiente a quien le ordenó:

—Traiga el collar «Caigou».

Y al mismo tiempo que daba esta orden hacía sonar discretamente un timbre que comunicaba con el detective de la casa, quien salió hacia afuera para vigilar constantemente al cliente que estaba encerrado con el señor Duval.

Este le enseñó un collar magnífico de perlas y ella después de observarlo detenidamente preguntó:

—¿Es caro?

—Dos millones doscientos mil francos—respondió el joyero—. Nos ha costado más de cuatro años para poder reunir estas perlas. Fijese usted qué simetría guardan todas... ¡Es algo formidable!... ¿No le parece así?

La cliente dejó el collar sobre la mesa con indiferencia y le dijo:

—Me gusta el collar... Llévelo esta tarde, a las seis, a mi casa. Mi esposo le abonará el importe.

—Encantado, señora—respondió el señor Duval.

—Tome la dirección—le dijo ella, saliendo—. Campos Elyseos, núm. 117. Doctor Eduardo Pauquet.

El joyero acompañó a la cliente hasta el mismo coche, y haciéndole una profunda reverencia se despidió diciéndole:

—Hasta luego, señora Pauquet.

—Hasta luego, señor Duval—respondió la dama.

Arrancó el coche y hasta que hubo dado la vuelta, el señor Duval no se retiró de la puerta del establecimiento, pensando en el magnífico negocio que había

hecho aquel día con la venta del collar.

Una hora después, la misma dama que había ido a la joyería de Duval y Compañía, se dirigía en un magnífico coche negro, vestida ella de negro también, a los Campos Elyseos. El coche paró ante el número 117 y se apeó de él la dama, dirigiéndose al piso del doctor Eduardo Pauquet.

En el hall encontró a varios pacientes que esperaban turno, y aguardó ella también que la llamaran para ver al doctor.

Por fin llamaron su número y la dama entró decidida al despacho del célebre galeno, preguntando:

—¿El doctor Pauquet?

—Servidor, señora—respondió el doctor levantándose de su asiento, para ofrecerle un silloncito frente a su mesa.

La dama se sentó, cruzó una pierna sobre otra y el médico la contempló unos segundos admirando la belleza extraordinaria de aquella mujer.

El doctor Eduardo Pauquet era un hombre de unos cuarenta años. Bien conservado, de aspecto elegante y mirada inteligente. Desde el primer instante no pudo sustraerse al encanto personal

de la visitante, y al fin preguntó:

—¿Qué desea de mí?

La dama suspiró con tristeza y le respondió:

—Soy la señora de Duval, Aristides Duval.

—¿El joyero? — exclamó el doctor—. Le he oído nombrar mucho. Es el joyero más importante de París...

—Así es, en efecto—respondió ella—. Precisamente por ello mi desgracia es mayor.

El doctor se la quedó mirando sin comprender en qué consistía la desgracia de aquella mujer, y ella siguió diciéndole:

—Cuando yo me casé, mi marido era un hombre comprensible. Satisfucía todos mis deseos, pero desde hace algún tiempo ha cambiado por completo y ya no soy feliz.

Se sacó un pañuelo, se secó unas lágrimas que pugnaban por aparecer en sus ojos.

—Ahora ya no usa pijamas, se cree, a veces, una niña, y se ha comprado camisas de dormir... ¿Usted me comprende?

—Comprendido, señora, comprendido—respondió el doctor—. No tiene usted que aclararme mucho más.

—A veces—volvió a decir ella—por las noches sufre accesos

nerviosos que me intranquilizan y he pensado que usted podría hacer algo por él.

—No se preocupe, señora Duval—le dijo el médico—. Afortunadamente la psiquiatría cuenta hoy con medios sobrados para curar esas enfermedades. Traígame a su marido y le veré.

—Este es otro inconveniente—respondió desesperada la dama. —Mi marido no quiere oír hablar de médicos. Le he dicho que viniera a verle y únicamente ha accedido a hacerlo, pero a una hora que no sea de consulta. Ya sé que usted no visita a nadie fuera de ellas, pero ¿no haría usted una excepción en este caso?

El doctor la miró fijamente y sintió sobre él el fuego de aquellos ojos y sin poderse negar le respondió:

—Haré por usted esa excepción. Dígame a qué hora podrá traerlo.

La dama quedó un momento pensativa y después le preguntó:

—¿Le parece bien a las seis?

—Muy buena hora—le dijo el médico—. Pueden venir de seis a siete, que yo les esperaré.

La acompañó hasta la puerta y una vez que estuvieron en ella la dama se volvió al médico y le dijo:

—Ah, he de advertirle una cosa. Mi marido tiene la manía de presentarles facturas a todo el mundo... A señores que nunca ha visto le presenta la cuenta.

—No se apure — respondió riendo el médico—. Ya le presentaré yo la mía también.

La despidió en la misma puerta y antes de llamar a ningún otro paciente quedó unos segundos solo, como si quisiera recurrirse en el recuerdo de aquella belleza tan exquisita y que por unos segundos había tenido tan cerca de él.

La dama salió de casa del doctor, paseó un rato por los alrededores de la casa del médico y cuando dieron las seis volvió a subir de nuevo al piso del doctor Pauquet. Entró sin llamar al hall y vió que éste estaba absolutamente vacío. Sonrió satisfecha de ello y llamó suavemente a la puerta del despacho del doctor.

—¡Adelante! —gritó éste desde dentro.

—Ya viene—le dijo la dama.

El sonrió galantemente, y sin abandonar el libro que tenía en las manos le replicó:

—No hay prisa. Convénzalo antes... Yo esperaré todo el tiempo que sea necesario.

La dama salió para esperar la

llegada del joyero, y cuando le vió subir las escaleras se colocó en la puerta de la casa del doctor, con una llave en la mano y haciendo tiempo para que él la sorprendiese, tal y como si abriese la puerta del piso.

En aquella actitud la sorprendió el señor Duval que, al verla, la saludó amablemente diciéndole:

—He sido puntual, ¿verdad, señora?

—Mucho—respondió ella—. Me ha retrasado algo la modista, aunque no creí que viniera tan pronto.

Le invitó a pasar, como si fuera la propietaria de la casa, y cuando entró en el hall arrojó el bolso sobre una butaca, preguntándole al joyero:

—¿Trac el collar?

—Aquí lo tengo—respondió el joyero, señalando una cartera en cuyo interior estaba el estuche del collar.

Ella sonrió mimosamente y exclamó:

—No sé; ahora estoy arrepentida. ¿Qué pensará de mí mi esposo?... ¡Es tan caro!

—No lo crea—exclamó el joyero—. Voy a enseñárselo otra vez y se decidirá, dejará esos escrúpulos.

Sacó el collar, se lo entregó a ella que, cogiéndolo en sus manos, se lo acercó al rostro junto a la luz de una lámpara y el brillo de las perlas parecía amortiguar el de su mirada.

—Parecen lágrimas de sirena —le dijo el joyero—. Le advierto que si algún día quiere deshacerse de él, puede devolvérmelo.

Ella sonrió irónicamente y le respondió:

—Puede usted tener la seguridad de que no lo volverá a ver más... ¿Quiere que veamos a mi marido?

—Con mucho gusto —respondió el joyero.

La dama se levantó, se dirigió hacia la puerta del despacho del médico y mientras iba le dijo:

—Mi esposo le hará efectivo el importe del collar.

Abrió la puerta y el doctor al verlos entrar se levantó rápidamente, haciendo ella la presentación de los dos hombres, diciéndoles mutuamente:

—El señor Duval... El señor Pauquet.

Los dos hombres se estrecharon las manos y la dama les dijo:

—Los dejo solos para que discutan mejor el asunto...

—No habrá gran discusión entre nosotros —le dijo el médico.

Ella salió llevándose el collar y el joyero quiso halagar la vanidad del esposo diciéndole al médico:

—¡Encantadora!

—¡Encantadora! —respondió cortésmente el médico.

Le indicó un sillón para que se sentase, mientras él anotaba el nombre del nuevo cliente y le preguntó:

—Aristides Duval, ¿verdad?

El joyero creyó que intentaba extender el cheque y le dijo:

—Ponga mejor Duval y Compañía.

El doctor Pauquet no quiso contradecirle y le respondió sonriendo:

—Como usted quiera. Creí que era usted solo.

—No —respondió el joyero—. Siempre hablo en nombre de la Compañía.

El doctor cada vez más en la creencia de que se trataba de un maniático, no quiso contradecirle y acercándose a él le preguntó:

—¿Cómo van esas camisas?

—¿Qué camisas? —preguntó extrañado el joyero—. Yo vendo joyas, no camisas.

—Ya lo sé —replicó el doctor; —pero para dormir...

—Yo duermo con pijamas —

volvió a decirle el joyero, cada vez más extrañado.

—¿Y duerme usted bien?—le preguntó el médico.

—Muy bien, gracias. ¿Y usted?

—Yo muy bien—le dijo el médico—. Y vamos a nuestro asunto.

—Cuando usted diga—respondió el joyero sacando la factura de la compra del collar.

El médico la miró, y al ver que se trataba de una factura de dos millones doscientos mil francos se echó a reír y les dijo:

—¡Nada menos que dos millones doscientos mil francos?

—Le advierto que no es nada caro. A mí me costó dos millones, le cargo únicamente el tanto por ciento legal.

—¿Y quiere usted que yo le pague esta factura?

—Claro que sí—respondió el joyero—. Ya comprenderá que si no fuera usted me arruinaba.

—¿Y no le parece excesiva?

El joyero protestó vehementemente contra la pregunta del doctor, y éste antes que permitir que se exaltase le dijo:

—Bueno, bueno, no discuta-

mos por ello. Ahora dígame una cosa... ¿por qué me quiere cobrar esta factura?

—Pues por el collar de su esposa.

—¿De mi esposa?—preguntó el médico—. Si yo soy soltero... Tal vez su esposa no se lo haya dicho.

—¿Mi esposa?... El que es soltero soy yo.

—No es cierto—exclamó el médico—. Esa señora es su esposa.

—No dice usted verdad—respondió el joyero—. Esa señora es su esposa.

—¡Es la de usted!—gritó el médico, sin importarle ya la exaltación de su cliente.

—¡Yo le digo que es la suya! Ella misma me lo ha dicho, cuando fué a comprarme hoy el collar.

El doctor comprendió en seguida de que los dos habían sido víctimas de un engaño, y acordaron dar cuenta inmediatamente a la policía, para que detuvieran a la ladrona antes de que pudiera abandonar el país, llevándose aquel valioso collar.

CAMINO DE ESPAÑA

¿Quién era aquella dama que de tal forma había engañado a los dos hombres y cuya influencia tanto había ejercido sobre ellos? ¿Se trataba acaso de un ser que sufriese esa enfermedad que lleva consigo la manía del robo?

Nada de esto; aquella mujer de belleza tan extraordinaria era sencillamente Magdalena de Beaupre, puesta al servicio de una banda internacional de estafadores, quienes tenían por jefe a un tal Carlos Margoli.

Era éste un sujeto de pésimos antecedentes, quien desde el primer momento había visto en la joven un elemento eficaz para sus audaces golpes de mano.

Sin embargo, Magdalena de Beaupre no había vivido siempre aquella vida aventurera, y hasta, aunque parezca mentira, jamás había robado nada hasta aquel día. Era aquél el primer servicio que prestaba a la banda, y estaba dispuesta también a que fuese el último. Con él saldaba la deuda de agradecimiento que tenía contraída con Margoli, y en cuanto el collar fuese vendido, terminaba su actuación, o por lo menos así lo creía ella, sin pensar que una vez dentro de una de estas bandas lo más difícil de todo es salir de ellas.

Margoli había querido fascinarla desde un principio haciéndola vivir con un lujo fastuoso,

la hacia hospedarse en los principales hoteles de las poblaciones adonde iban y hasta la había obligado a usar el título de condesa de Beaupre, cuya corona ostentaba ella en todas sus ropas y objetos.

Margoli se preciaba de conocer el corazón femenino, y sabía que nada podía halagar tanto a una mujer hermosa como rodearla de un ambiente en el cual su belleza pudiese resaltar más aún de lo que en sí era.

Tan pronto como Magdalena pudo salir de casa del doctor, corrió a su hotel, se cambió de ropa y aprovechando el magnífico coche que ya tenía preparado de antemano salió de París con rumbo a España. Comprendía que aquel engaño no podría durar mucho y su salvación estaba en poder conseguir la frontera española antes de caer en manos de la policía francesa. Una vez en España ya era más fácil poder escapar a la policía internacional, ya que no constaba su fotografía ni ningún detalle personal de los que sirven para capturar a estos delincuentes.

Gran conductora de coche, se lanzó hacia la frontera española a una velocidad fantástica, sin detenerse en ninguno de los pue-

blecillos que pasaban. Le parecía, a pesar de la velocidad que llevaba, que el coche no corría, y cada vez, apoderada por el vértigo, le imprimía mayor velocidad.

Mientras tanto, en París, descubierto el engaño, se había dado conocimiento del robo a la policía, y ésta se había puesto en acción, dando órdenes a la policía española para que fuese detenida al pasar la frontera una mujer que llevaba consigo un collar de perlas.

Continuó el camino durante toda la noche, sin detenerse con el deseo de que al día siguiente pudiese atravesar la frontera y a la mañana del otro día divisó tierras españolas y sintió en su pecho la misma alegría que debe sentir el presidiario cuando ve que se abren para él las puertas del presidio y queda en libertad.

El bellissimo panorama que ofrecía el campo no llamó la atención de la pasajera, cuyos ojos no se apartaban del plomizo trazo de la carretera que materialmente devoraba con su magnífico coche.

El mismo camino que ella llevaba también Tom Bradley, si bien éste, sin tener motivo para aquel apresuramiento, iba exta-

siándose en la contemplación del paisaje y admirando una a una todas las bellezas que tenía.

Cuando por fin llegó el joven a tierras españolas quiso tener un recuerdo de aquel viaje y de su entrada a España, y detuvo su coche. El sol, ese sol español, lleno de vida y de luz, se hallaba ya en todo lo alto del horizonte, y para aprovecharlo Tom sacó su máquina de fotografiar. Extendió los pies del trípode y la colocó a una prudente distancia delante del coche. Con mucho cuidado dejó sobre el suelo el disparador del objetivo para hacerlo funcionar con el pie y extrajo del coche lo que él había creído que era indispensable para estar en España: una guitarra. Se colocó ante el objetivo y cuando estaba a punto de dispararlo cruzó ante él un hermoso, magnífico automóvil blanco, y le salpicó de barro todo el traje y la cara. De esta forma quedó la fotografía sin poderse tomar, y Tom, indignado por la acción del que llevaba aquel coche, subió al suyo y se dispuso seguirlo.

Vana intención la suya; el coche causante del salpicon avanzó tan rápidamente que pronto lo perdió de vista, sin poder conseguirlo, y menos aun alcanzarlo.

Fácilmente se comprende que el coche en cuestión era el de Magdalena de Beaupre que se acercaba rápidamente a la frontera, donde se creía ya estar libre. Antes de llegar a ella cruzó un pequeño pueblecillo y al hacer sonar su bocina para llamar la atención de unos campesinos, se descompuso aquella y no había forma de hacerla callar. Magdalena estaba irritadísima. De aquella forma era imposible continuar el viaje, y a los hombres que rodearon curiosamente su coche les preguntó:

—¿No hay entre ustedes algún mecánico?

Ninguno de ellos entendía una palabra del mecanismo de un coche, y la bocina seguía tocando con gran desesperación de Magdalena, que se daba cuenta del peligro en que la estaba poniendo. Todo su interés era pasar desapercibida, y aquella maldita bocina descubría su presencia, con el riesgo de que pudiese acudir cualquier policía y reconocerla.

Cuando más grande era su apuro llegó Tom Bradley con su coche, se dio cuenta de lo que ocurría y bajó de su coche, seguro de poder hacer callar aquel

artefacto que tanto escandalizaba al vecindario.

Levantó el capó del coche, y Tom, ante la extrañeza de todos, paró la bocina, apenas tocó uno de los resortes del motor. Hecho esto se volvió hacia uno de los que se hallaban allí y le preguntó:

—¿Dónde está el propietario del coche?

Había reconocido a aquel coche como el que le había salpicado de barro, y estaba dispuesto a que su conductor le diera una explicación por lo que le había hecho. Magdalena, al oír que preguntaba por ella, se acercó a Tom y le respondió:

—Soy yo la dueña.

Tom quedó desarmado. La belleza de aquella mujer le dejó ciego, y tuvo que contener todo el mal humor que llevaba. ¿Quién era capaz de pedirle una explicación a una mujer como aquella, y quién era capaz de molestarse con una viajera como Magdalena? Pero queriéndole demostrar su mal humor, lo único que hizo fué quitarse el sombrero para saludarla y subir de nuevo a su coche, para recomprender la marcha.

A mitad del camino ya había olvidado Tom lo que le había pa-

sado. Su carácter optimista era incapaz de hacerlo permanecer callado más de una hora, y Tom, poseído por aquella innata alegría suya, comenzó a cantar a voz en grito, tal vez contagiado también por la alegría del paisaje. Además había ensayado y aprendió una canción con la cual podía hacer muy bien la publicidad de su coche, y repetía esta canción, aprovechando el momento de que nadie le oía.

Poco antes de llegar a la aduana de la frontera, el coche de Magdalena pasó rápidamente por delante del suyo, sin que la viajera se dignase siquiera volver la cara para saludar a quien tan buen servicio le había prestado. Esto molestó a Tom. Bien estaba que no le hubiera dado ninguna explicación por lo que le había hecho, pero que encima ni siquiera le diese las gracias por el servicio que le había prestado era ya intolerable. Estaba dispuesto a vengarse en la primera ocasión que se le presentase y, como se llama Tom Bradley, que lo haría.

La ocasión no tardó mucho, ya que en la aduana de la frontera se hallaban detenidos varios viajeros para que les fuesen revisados los pasaportes.

Magdalena se apeó de su coche y fué a entregar su pasaporte, el cual lo llevaba a nombre de la condesa de Beaupre. Antes de pudese marchar llegó Tom y al verla detenida bajó de su auto, se fué directamente al de Magdalena y disparó otra vez la bocina. Magdalena se volvió rápidamente al oír el ruido de su bocina y se quedó mirando a Tom, expresando en su mirada toda la indignación que le había producido el acto de éste.

Tom se echó a reír, pensando que era incapaz ella de detenerla y uno de los carabineros se encará con ella diciéndole:

—Señora, ¿quiere hacer el favor de hacer callar esa bocina?

Magdalena levantó el capó y empezó a tocar varios resortes del coche, sin dar con el que debía para hacer callar la bocina. Tom la miró por encima del hombro de la joven y sonreía moviendo negativamente la cabeza, como indicándole que no era aquello lo que había de hacerle al coche para que ésta callara su bocina.

Por fin Magdalena, desesperada y viéndose impotente para hacerla callar, se volvió a él y le dijo:

—¿Por qué ha hecho usted eso?

—Por la misma razón que usted me llenó de barro, ¿no se acuerda ya?

Magdalena no quiso darle ninguna otra explicación. No quería entablar conversación con nadie, y prefería seguir su viaje sola antes que pudieran descubrirla. Nuevamente se puso a inspeccionar el motor, hasta que otra vez, dándose por vencida, se volvió a Tom y le dijo:

—¿Quiere usted hacer el favor de callar esta bocina?

Tom volvió a tocar el mismo resorte que antes, y la bocina se detuvo. Pero cuando se iba a volver hacia Magdalena para que ésta le diese las gracias, la bocina se disparó de nuevo y otra vez tuvo que intervenir Tom para hacerla callar.

La ingenuidad de aquel hombre no pudo menos que hacer gracia a Magdalena, quien desde el primer instante se dió cuenta de que aquel muchachote era un ser de cuerpo de gigante y de alma de niño. Se advertía en él una infantilidad tan deliciosa y amable, tan poco corriente en hombres de su edad, que Magdalena le extendió la mano para hacer las paces con él.

Tom antes de aceptar la mano se la quedó mirando fijamente. Era una mano maravillosa, blanca como el nardo y suave como una azucena. Después de esta breve inspección levantó la vista hacia ella y le dijo:

—Primeramente me llena de barro, luego no me da las gracias por lo de la bocina y ahora quiere que termine besándole la mano.

Magdalena sonrió sinceramente. No podía menos que confesarse que aquel hombre tenía un don especial que le hacía extremadamente agradable, una simpatía atractiva, que ella no había conocido hasta entonces en ningún otro hombre. El al verla sonreír le cogió la mano, se la besó y sin decirle palabra se fué hacia su coche para recoger la maleta y presentarla a los carabineros.

Magdalena hizo lo propio, y Tom al verla cargada con ella se la quitó para llevarla él, diciéndole, como un chico que cumple una orden a regañadientes:

—Si me da las gracias la dejo en el suelo.

Magdalena volvió a reír nuevamente. A pesar de la preocupación que tenía por llevar dentro de la maleta el famoso collar

robado, no podía sustraerse a la simpatía de aquel joven. En otra ocasión cualquiera le habría gustado hacer aquel viaje en su compañía, que debería ser delicioso. Mas en aquellos momentos era muy delicado el motivo que la llevaba a España y tenía que ser ella sola quien corriera el peligro de una posible detención.

Llegaron a la caseta de los carabineros y delante de Magdalena había un matrimonio a quien le estaban revisando el equipaje. El carabinero iba inspeccionando prenda por prenda de las que había en la maleta, y la joven ladrona pensó que si a ella le hacían lo mismo descubrirían la existencia del collar.

Para evitarlo extendió disimuladamente el velo de su sombrero sobre su maleta y sin que nadie se diera cuenta sacó el collar y lo guardó en su bolso. Hecho esto quedó un poco más tranquila, pensando que el bolso no sería requisado, mas su apuro fué mayor cuando le oyó decir al carabinero, dirigiéndose a la señora que requisaba:

—¿Me hace el favor del bolso?

Con la rapidez que requería la premura de tiempo, Magdalena pensó en seguida en la forma de salvarse. Afortunadamente, Tom

estaba al lado de ella, y con gran disimulo sacó el collar de su bolso y lo deslizó en uno de los bolsillos de la americana del joven.

Le llegó el turno a ella y cuando se disponía a abrir la maleta el carabinero le sonrió amablemente y le dijo:

—No es necesario, señora.

Le hizo la señal de estar requisada y le dijo nuevamente:

—Puede llevarse su equipaje.

Magdalena tuvo hasta deseos de protestar por aquello. ¿Es decir, que había pasado tantos apuros, que había ocultado su collar en el bolsillo de Tom, y todo para que luego no la requisasen?... Aquello casi podía decirse que era una estafa que cometían con ella.

Recogió su maleta y se fué hacia la puerta, esperando que requisasen el equipaje de Tom.

Le llegó el turno a éste y el carabinero empezó la requisa, llamándole la atención los pequeños lios de calcetines que llevaba dentro de ella.

—¿Qué es esto?—le preguntó.

—Calcetines—respondió Tom.

El carabinero abrió uno de ellos y sacó un paquete de cigarrillos ingleses, y le dijo:

—¿A esto llama usted calcetines?

Hizo lo mismo con otro lio y volvió a sacar también otro paquete de cigarrillos. Tom al ver que le había desubierto el pequeño contrabando que pretendía pasar, él mismo fué abriendo los calcetines y sacando cuanto tabaco llevaba. Cuando sacó los diez o doce paquetes, le dijo al carabinero:

—Ya no hay más.

Al representante de la Hacienda le hizo gracia la forma de comportarse de Tom y le dijo:

—Tiene usted que pagar cien pesetas de multa... Es el mínimo.

Tom ni discutió siquiera. Sabía que era inútil y que lo único que haría sería empeorar su situación, por lo que sacó el billete de cien pesetas y se lo entregó al carabinero.

Éste recogió los paquetes para dejarlos con otros géneros decomisados, y mientras tanto Tom se quitó la chaqueta en uno de cuyos bolsillos llevaba el collar, y la encerró en la maleta, con gran sorpresa de Magdalena que comprendió lo difícil que se le haría desde aquel momento recuperar otra vez el collar, sin despertar las sospechas del joven.

Pero como ella tenía para todo recurso, en vez de esperar al muchacho subió a su coche y em-

prendió de nuevo la marcha hacia San Sebastián. Cuando ya llevaba andado unos cuantos kilómetros se detuvo, bajó del coche y con un martillo dió un portazo a uno de los tubos del motor, para inutilizarlo momentáneamente, y poder esperar a que llegase Tom.

En efecto, quince minutos después llegaba el americano, y al verla parada le preguntó:

—¿Qué le ocurre?

—No sé qué le pasa al coche...

Tom lo revisó cuidadosamente y exclamó:

—Esto ha sido un portazo.

—¿O tal vez usted al mirar lo de la bocina?...

—Yo sé lo que me hago—respondió ofendido Tom—. Soy ingeniero mecánico y no suelo estropear ningún coche.

—Sin embargo, la avería parece seria—le respondió ella.

—Y tan seria. No se puede hacer nada aquí.

Magdalena miró el coche donde iba Tom y exclamó:

—Pues yo debo ir a San Sebastián... ¿Qué me aconseja usted?

El comprendió lo que Magdalena quería decirle, y encantado de poderla llevar en su coche le respondió:

—En mi coche hay sitio para los dos... Végase conmigo.

—No sé si debo aceptar su invitación—le dijo ella sonriéndole deliciosamente.

—Claro que sí—respondió Tom—. ¿Qué va usted a hacer aquí en mitad de la carretera?

Y sin esperar el consentimiento de Magdalena, cogió la maleta de ésta, la sacó del coche y la llevó al suyo. Colocó los dos equipajes convenientemente y sentó a Magdalena a su lado, diciéndole:

—¿Qué vacaciones me voy a pasar!

Magdalena se echó a reír. Indudablemente Tom era un hombre capaz de enamorar a cualquier mujer que no fuese ella, o que, por lo menos, no estuviese poseída por la preocupación que en aquel momento ella tenía.

Tom, más alegre que la guitarra que llevaba en su equipaje, emprendió el camino de San Sebastián, y cuando menos lo esperaba ella se puso a cantar a gritos aquella canción que servía para propagar el auto que llevaba.

Mientras cantaba Magdalena pensaba en lo infantil que era aquel hombre y en lo agradable que resultaba su compañía. De

cuando en cuando lo miraba de reojo y si él la sorprendía mirándole, Tom se pavoneaba como un pavo real y exclamaba:

—¡Qué vacaciones me voy a pasar!

Pero aquella admiración que le producía Tom no era suficiente para que olvidase que en la chaqueta llevaba el famoso collar y que ella tenía que apoderarse otra vez de él. Por lo mismo le dijo:

—¿No siente usted frío?

—No — respondió Tom —. Cualquiera siente frío con este sol de España.

Magdalena volvió a callar y a pensar en la forma de obligarle a que se pudiese la americana. Cuando hubieron andado unos cuantos kilómetros más volvió a decirle:

—Tengo miedo a que se resquebraje...

Tom la miró, halagado por aquel interés que parecía demostrar su compañera y le preguntó insinuadamente:

—¿Le interesa de verdad?

Magdalena bajó la vista, fingiendo un gran rubor y le dijo:

—¿Debo contestar a esa pregunta?

Tom dio un salto en el coche y respondió alegremente:

—No es necesario.

Respiró fuertemente y antes de empezar a cantar de nuevo exclamó por tercera vez:

—¡Qué vacaciones me voy a pasar!

Al cabo de unos minutos, Magdalena insistió de nuevo para que se pudiese la chaqueta, y le dijo:

—Yo tengo frío.

Tom la miró sonriendo. Le parecería aquella mujer una débil muñequita que se rompería al menor soplo, y le dijo riendo:

—¡Qué buena debe ser usted!...

Magdalena sintió en el rostro aquellas palabras. Le dolió que él la tomase por una mujercita buena cuando, en realidad, acababa de convertirse en una vulgar ladrona. Hubiera dado cualquier cosa por no haber hecho lo que había hecho, pero al mismo tiempo pensaba en Margot y sabía que las órdenes de éste había que cumplirlas sin replicar.

—Yo será muy buena — dijo ella sonriéndole —, pero soy también muy friolera. Me parece que si sigo así tendré que acercarme mucho a usted.

—Hágalo — respondió en seguida Tom —. Por mí no hay inconveniente.

—¿Y si tengo que meter las manos en sus bolsillos para calentarme?

Tom se puso serio. Aquello ya era cosa muy distinta. Si Magdalena tenía necesidad de meter las manos en sus bolsillos para calentarse, era preciso también que él se pusiese la americana. Pensando en ello, detuvo el coche y Magdalena le preguntó:

—¿Qué va usted a hacer?

—Ponerme la americana — le dijo Tom.

Magdalena respiró tranquilizada. Por fin iba a ponerse la chaqueta y gracias a aquel pretexto del frío podría meter las manos en el bolsillo de la chaqueta y apoderarse otra vez del collar.

Tom saltó del coche, abrió su maleta y fué a ponerse la misma chaqueta que llevaba cuando estaban en la aduana. Mas, de pronto sintió el deseo de sorprender a Magdalena con una nueva americana que llevaba en el equipaje y desechó la que llevaba puesta y se puso la nueva.

Cuando se presentó ante Magdalena fué tal la sorpresa de ésta que Tom se dió cuenta y le preguntó:

—¿No le gusta?

—Sí — respondió ella —. Pero

¿esa chaqueta va con esos pantalones?

—Claro que sí — respondió Tom—. Me la hice expresamente para ellos.

Y al mismo tiempo dió una vuelta para que Magdalena la viese bien y pudiese contemplar el corte de la ropa.

Cerró de nuevo su maleta y la colocó sobre el coche, mas cuando iba a dar la vuelta para subir otra vez en él, con gran sorpresa suya vió que Magdalena emprendía la marcha, dejándole a él en mitad de la carretera y con su maleta, que al arrancar el coche se había caído, sin que ella se diese cuenta.

Segura de llevar en el coche el equipaje de él y en él la maleta que contenía el collar, Magdalena siguió avanzando hasta llegar cerca de San Sebastián. Se detuvo próximo a un pueblecillo y entonces se dió cuenta de que había sido inútil su escapatoria, puesto que había quedado en poder del americano el equipaje.

Para deshacerse del coche lo arrojó por un terraplén que había junto a un pequeño lago, y se dirigió hacia la estación del pueblo, para tomar el tren y entrar en San Sebastián.

Entretanto, Tom sin medios

para poderse dirigir a San Sebastián y pensando en cuál habría sido el motivo que habría obligado a la joven a hacer aquello que había hecho, cogió su maleta y poco a poco se dirigió hacia la capital del norte de España.

En el camino se encontró con una carreta y le dijo al que la conducía, valiéndose de señas, ya que ninguno de los dos podían entenderse hablando:

—¿Quiero llevarme a San Sebastián?

—Sí — le dijo el carretero. — Precisamente yo voy para allí. Ya quedan muy pocos kilómetros.

Tom se subió sobre la carreta cargada de paja, y tranquilamente se dejó conducir a San Sebastián.

Poco antes de llegar a la capital, se cruzó con otra carreta en cuya trasera iba atado el disco de propaganda que él llevaba en el coche que le habían robado. Pensó que aquel hombre podría

informarle dónde estaba su coche y se tiró de la carreta echando a correr tras la otra, hasta que por fin la alcanzó y le preguntó en un español chapurreado:

—¿Dónde encontrar eso?

—Al lado del lago.

Tom echó a correr hacia el lugar que le indicaba el carretero, y cuando llegó allí encontró a su coche que estaba abandonado y roto.

Se acercó a él y comprendió en seguida que no había forma de sacarlo de allí, y que aunque lo consiguiera ya no serviría para nada. Indudablemente, la propaganda que tenía que hacer del «Bronson 8» quedaba reducida a aquello. Pasado el primer momento de indignación, se encogió de hombros y volvió nuevamente a la carretera, pensando de que si llegaba aquel día a San Sebastián, aquel mismo día iría a ver a Magdalena, ya que ella, inconscientemente, le había dicho que se hospedaba en el hotel Continental.

EL PRINCIPE MARGOLI

Margoli vivía en San Sebastián, o mejor dicho, estaba allí pasando una temporada, para dar lugar a que Magdalena llegase. Hombre prevenido, para evitar cualquier sospecha se hospedaba en un hotel distinto, y de esta forma nadie podía saber qué clase de relaciones eran las que le unían con Magdalena.

Esta al llegar al hotel se inscribió con su nombre de guerra, o sea con el de condesa de Beaupre, y se hizo reservar las mejores habitaciones que había en el establecimiento.

El mismo día de su llegada avisó por teléfono a Carlos Margoli para que fuese a verla, y su cómplice inmediatamente se dirigió al hotel, seguro de que Mag-

dalena tenía en su poder el collar robado.

Por las noticias leídas en la prensa se había enterado del robo del collar y no le cupo duda por las señas que daban los periódicos de que se trataba de Magdalena, al hablar del audaz golpe dado.

Al llegar al hotel se dirigió al «maitre» y le preguntó:

—¿La condesa de Beaupre?

—Ha llegado hoy, señor—respondió el «maitre».

—¿Quiere hacer el favor de preguntarle si puede recibirme?

—preguntó Carlos Margoli.

—¿A quién tengo el honor de anunciar?—preguntó otra vez el encargado del hotel.

—Al príncipe Margoli—repuso

tranquilamente Carlos Margoli.

Mientras que el «maître» preguntaba por teléfono a la falsa condesa si podía recibir al príncipe, éste compraba un hermoso ramo de flores para obsequiar con él a Magdalena.

Al cabo de unos segundos el «maître» se acercó a Margoli y le dijo:

—La señora condesa le espera en sus habitaciones.

—Gracias—respondió Margoli, subiendo a las habitaciones donde estaba la condesa de Beaupré.

Al entrar en las habitaciones de ésta, Magdalena se hallaba acompañada por un camarero que terminaba de colocar su equipaje, y Margoli para disimular le besó galantemente la mano mientras le decía:

—¡Encantadora, señora condesa!... Cada vez la encuentro a usted más bella. Parece que el tiempo no pasa por usted.

—Gracias, alteza—respondió Magdalena, al mismo tiempo que recogía el ramo de flores que le entregaba Margoli.

Para librarse de la presencia del camarero le entregó el ramo de flores y le dijo:

—Haga el favor de colocarlo en un jarrón.

Lo hizo así el camarero, y en cuanto estuvieron solos el príncipe le preguntó:

—¿Dónde está el collar?

—No lo tengo—respondió ella.

Margoli la miró sorprendido, y luego sonriendo, al creer que se trataba de una broma, le dijo:

—Déjate de bromas, Magdalena, y no juegues con una cosa tan seria.

—No es broma—insistió ella.

—Te digo que el collar no lo tengo.

—Pero, ¿no has sido tú la que te has apoderado de él?... Los periódicos bien lo dicen... Te advierto que no trates de engañarme, porque saldrías perdiendo.

—Te digo la verdad—exclamó ella—. El collar lo robé yo, pero lo he perdido.

—¿Que lo has perdido?—preguntó asombrado Margoli—. Haz el favor de explicarte mejor, porque me estás poniendo nervioso.

Magdalena se sentó en un silloncito y obligó a que Margoli hiciera lo mismo en otro, empezando a decirle:

—El «negocio» salió maravillosamente, tal y como lo había planteado, pero luego vinieron las dificultades.

Le refirió con todo detalle lo que le había ocurrido en la fron-

tera: el conocimiento que había hecho con el joven americano y, últimamente, cómo había perdido el collar.

Margoli la miraba sin poder creer que le dijese la verdad, y cuando ella terminó le dijo, sin poder ocultar su malhumor:

—Esa historia de las perlas es un cuento fantástico. Déjate de novelas y confiesa la verdad.

Magdalena sin dar importancia al malhumor de Margoli le respondió:

—Te he dicho cuanto tenía que decirte.

En aquel momento vió que sobre una mesita estaba la máquina de retratar del americano y que ella se había traído impensadamente, y exclamó:

—¡Estamos salvados!

—¿Cómo?—preguntó Margoli, sin comprender el motivo de aquella exclamación.

—Mira—le dijo Magdalena señalando para el lugar donde estaba la máquina—. Esa es su máquina fotográfica. Miremos a ver si hay algún retrato suyo y podremos dar en San Sebastián con él.

Inmediatamente se pusieron a revelar el rollo de película que había en la cámara y mientras lo estaban haciendo llamaron por

teléfono. El mismo Margoli se puso al habla con el «maître» que le dijo:

—Aquí hay un señor que pregunta por la condesa.

—La condesa no puede recibir a nadie—respondió Margoli.

Volvió de nuevo adonde estaba Magdalena revelando las placas y con gran desaliento por parte de los dos cómplices vieron que en las fotografías no estaba más que en una Tom y aun así solamente había sido tomado medio cuerpo, pero medio cuerpo de cintura para abajo, ya que debido al chapuzo que Magdalena le dió con su coche la fotografía había salido mal.

Margoli tuvo un presentimiento al acordarse de que habían llamado por teléfono a Magdalena y le preguntó:

—Yo no—respondió ella—. Nadie sabe que estoy aquí.

Corrió Margoli sin decir una palabra al teléfono y preguntó al «maître»:

—El señor que preguntaba por la condesa ¿se ha marchado?

—No, señor—respondió el «maître»—e insiste en ser recibido por la señora condesa.

Precisamente en este momento iba yo a avisarle, para que

le diga que suba — respondió Margoli.

—¿Quién es?—preguntó Magdalena.

—No me cabe duda de que debe ser el americano. Si trae la chaqueta puesta es la ocasión para quitarle el collar. Eso déjalo de mi cuenta. ¿En qué bolsillo lo tiene?

—En el derecho — respondió Magdalena.

—Pues preséntame a él como tío tuyo... De lo demás ya me encargaré yo.

Minutos después llegaba Tom. Se advertía por el gesto de su semblante que iba indignadísimo. Sin embargo, Magdalena lo esperó tranquila. Se había dado cuenta de que el americano estaba enamorado de ella y hasta ella misma no podía ocultar la simpatía tan extraordinaria que le inspiraba Tom.

Al entrar Tom y verla tan bellamente vestida, quedó por unos unos segundos sorprendido sin saber qué decir y Magdalena, dándose cuenta del efecto que había producido en él, se acercó amablemente diciéndole:

—No creí que llegase usted tan pronto.

Tom se acordó entonces del motivo que lo había llevado al

hotel y le respondió adoptando una actitud de gran seriedad:

—Claro, pensarla usted que me iba a quedar toda la vida en la carretera donde me dejó... ¿Por qué hizo usted eso?

—Porque tenía una cita en San Sebastián y tuve miedo de llegar tarde—respondió Magdalena.

En aquel momento Tom se fijó en la presencia de otro hombre y le preguntó muy intencionadamente:

—¿Y ha llegado a tiempo?

Magdalena se echó a reír. Comprendió los celos que le habían inspirado la presencia de Carlos Margoli y para desvanecerlos le dijo:

—Voy a presentarle a usted a mi tío, el príncipe Margoli.

Llamó a Margoli y éste se acercó a ellos, presentándole la joven, lo mismo que al americano.

Tom, sin saber qué razón dar a su visita y azorado por la calidad de los personajes, se limitó a decir:

—He venido únicamente para pedirle una explicación por lo del coche.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó Margoli.

—El señor es el dueño del coche, de que te he hablado—respondió Magdalena.

—¡Ah! ¿Es usted a quien mi sobrina ha robado el coche?— preguntó Margoli.

La palabra robar no fué muy del gusto de Tom, que se apresuró a decir:

—¡Tanto como robar!

—¡No tiene otra palabra! — exclamó Margoli—. Eso no se hace. Estos caprichos tuyos me van a costar un día un gran disgusto, pero yo te corregiré y haré que te portes como eres, como una verdadera condesa.

A Tom no le era muy agradable la actitud del tío de Magdalena. No estaba él dispuesto que por su coche, ni por cualquier otro la hiciera enfadar y al ver el gesto compungido de la joven, exclamó:

—Tal vez tuviera razón para hacer lo que hizo.

—Ninguna — siguió diciéndole Margoli—. Lo único que pasa es que es una niña caprichosa y no pasa día sin que me dé un disgusto. Pero usted no tenga cuidado alguno que se le pagará el precho del coche...

Se fué hacia una habitación contigua que había y le dijo a Magdalena:

—Magdalena, haz el favor, con el permiso del señor.

La joven se acercó a Margoli y éste le preguntó:

—En el bolsillo de esa americana no tiene nada.

—Claro que no — respondió Magdalena—. Como que no es esa la americana que llevaba. Debe tenerla todavía en la maleta.

—Pues hay que estar junto a él hasta que le saquemos el collar. ¿Te molesta?

—Todo lo contrario — respondió Magdalena—. Es simpaticísimo. Además, es un hombre de muy buen gusto... Hasta sé que le gusto.

Hablaba con tanto interés del americano que Margoli, un poco escamado, le dijo:

—Magdalena te advierto que no son estos los momentos más propicios para amores.

—Descuida—le dijo Magdalena—. Sabré contenerme.

—¿Eso quiere decir que te gusta?—preguntó Margoli, con un poco de celos.

—Yo no te he dicho eso... Vamos, no vayas a sospechar.

Salieron nuevamente, y Margoli se dirigió a Tom diciéndole:

—Ya me ha explicado mi sobrina la forma en que le fué quitado el coche, y estoy dispuesto a abonarle su importe...

oli y
Magdalena y le dijo:

—Parece mentira que una condesa de Beaupre se porte de la forma que tú lo has hecho... ¿Es así como velas por la dignidad de tu apellido?

—No se ponga así—terció amigablemente Tom—. La cosa no es para tanto.

—¡El apellido es mío, señor!—exclamó con supremo dignidad Margoli.

—Y el coche mío—respondió Tom—. De esa forma estamos en paz.

Magdalena estuvo a punto de soltar la carcajada. De buena gana se hubiera abrazado a Tom en aquel momento, al ver de la forma como respondía a Margoli, cómo se había creído que era, en efecto, su tío. No cabía duda de que aquel hombre era un chiquillo completamente, y esta misma ingenuidad era lo que más encantaba a Magdalena.

—¿Estará usted mucho tiempo en San Sebastián?—le preguntó Margoli.

—Muy poco—respondió Tom—. Pensaba ir a dar una vuelta por España.

—Y mi sobrina se lo ha impedido destrozándole el coche, ¿verdad?

Aquella era la pura verdad, pero Tom, antes que permitir que volviera de nuevo a regañarle, le respondió:

—Me da lo mismo seguir mis vacaciones en San Sebastián que en el resto de España.

—No, señor—exclamó Margoli—. Usted tiene derecho a ver Madrid, la capital de España. Yo le suplico que acepte nuestra compañía, y que venga con nosotros. Tenemos que ir necesariamente Madrid, y cabe en nuestro coche. Cuando lleguemos allí le abonaré el importe del suyo.

Tom antes de aceptar miró a Magdalena. Esperaba que la invitación partiera de ésta, y la joven, tendiéndole la mano, le dijo:

—¿Por qué no acepta lo que le propone mi tío?

—¡Magnífico!—exclamó Tom, sin poder contener la alegría que le producía la invitación de Margoli—. ¡Qué vacaciones me voy a pasar!

Magdalena sonrió ante las palabras del joven y dejó que éste le retuviera durante unos minutos la mano, sintiendo cada vez más atracción hacia aquel hombre, el único quizás, pensaba ella que sería capaz de enamorarla en la vida.

—Pues si está conforme — le dijo Margoli—, haga el favor de darnos su dirección y esta misma tarde saldremos para una pequeña posesión que tenemos en el camino de Madrid, y allí pasaremos la noche. Por la mañana emprendaremos la marcha hacia Madrid.

—No se preocupen— respondió Tom—. Díganme a qué hora hemos de salir y yo les esperaré con mi equipaje a la puerta del hotel.

Después de mucho discutir sobre el ir a buscarlo y Tom en venir él mismo con su maleta, Margoli para no suscitar sospechas tuvo que aceptar el que viniera Tom, y unas horas después emprendían el viaje hacia Madrid.

Margoli iba en el asiento de atrás del coche, mientras que

Tom y Magdalena iban juntos delante. El joven era el que guiaba, pero el que tuviese esta misión no le impedía para que de cuando en cuando le dijese a Magdalena:

—Jamás me hubiera pensado en pasar unas vacaciones como las que me esperan.

—¿Le gusta nuestra compañía?—le preguntó Magdalena.

—Me gusta usted—exclamó.—Su tío, psh, puede marcharse cuando guste.

Magdalena se echó a reír. Comprendía que la sinceridad de aquel hombre era mucho mayor de lo que ella se había creído en un principio, y durante un buen rato no pudo apartar su vista de Tom, sintiéndose cada vez más atraída a él.



- Mi esposo es
Aristides Duval.



- ¿Que reclama le
padre mejor?



— Estas perlas no
las verá jamás.



El brillo de las perlas
parecía amortiguarse
de su mirada.



Magdalena de Bessu-
pre era una mujer de
excitante belleza.



Tom, ante la extraor-
dinary belleza de todos, pero
la bocina.



- Tiene que pagar
cien pesetas de
multa.





(Encantadora, se-
ñora condesa)



dejado.



- Esa historia de las
perlas, es un cuento
fantástico.



no: Mag-
lenz



- Te podías haber
ahorrado este
viaje.



- ¿Serás co-
decir a la ver-
te lo



-Yo con mi puño
izquierdo, también
hago juegos de
manos.



- Estos son los
testigos.

UNA NOCHE INOLVIDABLE

Empezaba la tarde a caer lentamente cuando los viajeros divisaron a lo lejos una espléndida casa de campo que Margoli tenía alquilada y que les servía como refugio cuando se veían acosados por la policía. Allí era donde debían pasar la noche, y Magdalena le dijo a Tom.

—¿Ve aquella casa que está encima de la montaña?

—Sí—respondió éste mirando hacia el lugar que le indicaba la joven.

—Pues allí es donde tenemos que ir. Siempre que vamos o venimos de Madrid, paramos en ella para descansar.

—Debe ser deliciosa—respondió Tom—. Me gustará, desde luego.

Subieron hasta casi el pico de la montaña, valiéndose de un camino vecinal que habían construido los amos de la casa, para poder llegar a ella, y que además servía para acortar mucho la distancia. Una vez en ella, Margoli le designó la habitación a Tom, y éste, sin pensar siquiera en lo que decía, preguntó:

—¿Y usted dónde duerme?

Magdalena sonrió ante la pregunta. En otro hombre hubiera sido una pregunta demasiado indiscreta, pero conociendo a Tom se comprendía que lo hacía sin malicia alguna, y por lo mismo la joven le respondió:

—Yo tengo mis habitaciones al otro lado. Dan todas al jardín. ¿Le gusta el jardín?

—¡Es maravilloso! — exclamó Tom.

En aquel momento la radio, que había comenzado a radiar las noticias de San Sebastián, decía:

—Continúa sin saberse el paradero de los ladrones del famoso collar, pero la policía francesa sospecha que han debido pasar la frontera española y se han cursado las órdenes para que se detengan.

Margoli paró la radio para que no siguiese dando noticias de aquel robo, y se fué a su habitación para cambiarse de ropa, lo mismo que había hecho Magdalena y Tom.

Para obligarle a éste a que dejase la americana en su maleta y poder buscar él durante la cena, se acercó a la puerta del cuarto de Tom y le dijo:

—Hay que vestirse elegante para la cena.

Tom desde dentro de su cuarto, donde se estaba cambiando de ropa, le respondió:

—Lo siento, pero el traje de noche lo he dejado en París.

—Pues póngase otro, pero que no sea la americana que llevaba esta tarde.

—Lo haré así—respondió Tom.

Fué luego en busca de Magdalena y le dijo:

—No trae smoking, pero se pondrá el otro traje.

Magdalena se había puesto un vaporoso vestido negro de noche, y su belleza resaltaba mucho más con aquella «toilette». Además, dejándose llevar por un impulso extraordinario de femenina coquetería, se había esmerado en su tocado y cualquier hombre que la hubiese visto no hubiera podido por menos que sentirse fascinado por la belleza extraordinaria de aquella mujer.

Era su belleza una belleza excitante, una de esas bellezas fascinadoras, pero que sin embargo tenía un don especial de ingenuidad que hacía comprender que en aquella mujer palpitaba un corazón propicio a una gran pasión.

Antes de salir Tom, Margoli le dijo:

—¿No tienes ningún collar?

—Sí, el de Venecia—respondió ella.

—Pues pónitelo, que tal vez nos haga falta para quitarle el otro.

—Está bien —respondió Magdalena entrando de nuevo en su cuarto y poniéndose el collar que le había dicho su tío.

Cuando salió Tom y la vió ves-

tida de aquella forma quedó maravillado y expresó su admiración diciéndole:

—Yo no sé qué tiene usted, pero cuanto más tiempo paso a su lado más hermosa y bella la encuentro.

Magdalena sonrió agradecida. De lo más hondo de su corazón agradecía el elogio de Tom, como no se lo hubiera agradecido a ningún otro hombre.

Se sentaron en la mesa y Magdalena cuidó sentarse al lado de Tom, pero de forma que el bolsillo de la americana de Tom quedase cerca de su mano.

Por fin éste se había puesto la americana que llevaba cuando Magdalena le metió el collar y ni siquiera se había dado cuenta el joven que llevaba una joya de tan alto valor.

Mientras comían, Magdalena disimuladamente fué acercando su mano para introducirla en el bolsillo de Tom, pero éste advirtió que le tocaban y creyendo que era una seña de la joven le cogió la mano por debajo de la mesa y se la apretó suavemente al mismo tiempo que le sonreía significativamente y decía:

—¿Qué vacaciones voy a pasar!

Terminó la cena sin que Mag-

dalena se pudiera apropiarse del collar, y pasaron a un saloncito contiguo donde había un piano. Allí Magdalena demostró sus habilidades musicales y hasta le cantó una canción amorosa que el pobre Tom creyó que era alusiva a él, después de lo que había pasado cenando.

Cuando terminó de cantar miró amorosamente a Tom y le dijo:

—¿Y usted no sabe hacer nada?

Tom no sabía hacer nada que pudiera servir para distraerlos, y únicamente se le ocurrió decirles:

—Si quieren ustedes andaré con las manos.

Pero tanto Margoli como Magdalena temiendo que se le pudiera caer el collar que llevaba en el bolsillo exclamaron inmediatamente:

—No, no haga usted eso. Acaba usted de comer y arrojaría la cena.

—Yo le distraeré — propuso Margoli.

Al efecto cogió un pañuelo y la colilla del cigarrillo que estaba fumando, la envolvió en él diciéndole a Tom:

—Ya verá usted cómo este pañuelo no se quema.

En efecto, extendió el pañuelo y éste apareció sin quemadura alguna, exclamando Tom:

—Es admirable.

—Pues todavía le voy a hacer un juego de manos más difícil.

Se acercó a Magdalena y le dijo:

—Me haces el favor de tu collar?

Esta le entregó el collar que llevaba puesto, y Margoli lo hizo desaparecer entre sus manos diciéndole luego a Tom:

—Mire usted su bolsillo derecho que el collar está en él.

—Déjese de bromas—respondió Tom.

—Le digo que es verdad—. Haga el favor de mirarse y se lo encontrará.

Tom ante la insistencia de Margoli se miró el bolsillo y quedó sorprendido al ver que llevaba en él un collar.

—¿Ve usted como es verdad?

—le dijo Margoli recogiendo el collar y entregándoselo a Magdalena. Esta fué a ponérselo y el mismo Tom se apresuró a ayudarla.

En cuanto tuvo en su poder el collar, Margoli dió por terminada la velada y le dijo a Tom:

—Yo con su permiso voy a retirarme. Creo que debemos acos-

tarnos si queremos levantarnos pronto.

—Yo no tengo sueño todavía—respondió Tom—. Por mí puede usted irse cuando quiera.

Margoli en vista de que no podría encerrarlo, se fué él a descansar y Tom cuando quedó solo con Magdalena exclamó:

—Al fin podemos estar solos.

Pero su alegría duró poco, puesto que en aquel momento Margoli llamó a su cómplice y le dijo:

—Magdalena, es menester que te vayas a descansar y dejes a ese cateto.

—Todavía no tengo sueño—respondió la joven que quería estar un rato a solas con Tom.

Margoli la miró detenidamente y dándose cuenta del sentimiento que había despertado Tom en la joven le dijo:

—Ya te he dicho que no vayas a hacer la tontería de enamorar-te de ese hombre. Lo primero que hay que hacer es vender el collar; luego puedes hacer lo que mejor te plazca, pero ahora me haces falta para deshacerme del collar.

—Está bien—respondió Magdalena.

Volvió a entrar otra vez donde estaba Tom y bostezó apara-

tosamente, como indicándole que tenía sueño. Fué a despedirse de él, pero Tom la sujetó por un brazo diciéndole:

—No se vaya usted todavía... ¡Ahora que podemos estar solos!

—Es que tengo un sueño que no puedo aguantarme — le dijo ella.

Tom le ofreció un asiento en un sillón que había allí mismo y Magdalena se sentó reclinando la cabeza sobre el respaldo y entornando los ojos, como si pretendiera dormir, mientras él le decía:

—Mire usted, yo no soy un hombre tímido; a lo menos en Detroit no pasaba por tal. Si usted fuera Suzy, o Joan, o Sylvia...

—Sí, ya le oigo—dijo ella—, pero ahora no quiero ser ni Suzy, ni Joan... ni Sylvia... ahora... quiero... dormir.

Al terminar de decir esto fingió que se quedaba dormida, y Tom se la quedó contemplando un buen rato. La belleza de aquella mujer ejercía sobre él un influjo desconocido y que no dudaba que era amor. Después de unos minutos de muda contemplación se levantó, se bebió una copa de coñac y acercándose a ella le dijo, seguro de que no podía oírle:

—Cuántas ganas tenía de decirte, Magdalena, que te amo. Te amo con locura y quisiera que estuvieras despierta para poderlo coger entre mis brazos y besarte con toda mi alma. Eres la única mujer que me has hecho comprender que la felicidad de la vida está en el amor... Si estuvieras despierta, con qué ganas te besaría.

Magdalena abrió los ojos suavemente y preguntó:

—¿Me decía algo?

Tom sin atreverse a repetir lo que había dicho cuando creía que ella estaba dormida respondió:

—Le decía que es lástima que esta noche nos separemos tan pronto.

Magdalena se sintió defraudada por la timidez de Tom y levantándose le dijo:

—Sin embargo, debo irme a descansar. El día de hoy ha sido de mucha actividad.

Salió de la estancia y Tom la acompañó con la vista hasta que hubo desaparecido.

Cuando Magdalena se encerró en su habitación, se quitó el vestido que llevaba, se peinó para meterse en la cama y se echó sobre ella un magnífico peinador de encajes.

En el mismo instante en que iba a acostarse sonaron las bocinas de dos motocicletas de la policía, y Magdalena, sin poder contener el pánico que se apoderó de ella, salió de su habitación y cruzó el jardín hasta llegar donde estaba Margoli que dándose cuenta también del paso de la policía había salido de su alcoba.

Vió a Magdalena tan nerviosa que le dijo acariciándola:

—Calma esos nervios, pequeña...

—No puedo — respondió ella. —Yo no he nacido para esta vida. Siempre huyendo de un lado para otro hasta que llegue el momento en que caigamos en manos de la policía.

Margoli se echó a reír del miedo de la joven y le dijo:

—¿Ves cómo han pasado sin detenerse? Es la ronda nocturna... No debe importarte. Vete a dormir y tranquilízate.

El mismo la acompañó hasta la puerta del jardín, cerró la puerta cuando vió que se iba a su habitación y volvió de nuevo a su alcoba.

Magdalena cuando subió la escalinata que conducía a sus habitaciones vió que paseaba por allí Tom y lo llamó diciéndole:

—¿Todavía no se ha acostado usted?

—No — respondió Tom acercándose a la joven—. No podría dormir.

—¿Y eso?

—Es culpa de los nervios—respondió el muchacho—. Nunca creía que tenía nervios hasta esta noche. No me dejan dormir.

—Tal vez sea el calor que hace en España.

—Yo creo más bien que es la luna—respondió él—. Y pensar que dentro de diez días tendré que estar otra vez en París, trabajando! No me asusta el trabajo, pero esta quietud del campo español es algo que se mete dentro del alma y le hace a uno soñar.

Miró a Magdalena y temiendo que no le escuchase le dijo:

—No me hace caso ¿verdad?

—Le he oído todo lo que ha dicho—respondió ella, mirándole embelesada—, pero también creía que el ambiente de aquí hacía a los hombres más decididos.

Tom la miró extrañado. No podía comprender el verdadero significado de sus palabras y le preguntó:

—¿No dormía usted?

—No — respondió ella mirándole desafiadora.

—Entonces, ¿qué ha pensado usted de mí?—preguntó Tom.

—Pues he pensado que con esta luna de España, gana usted mucho. Le favorece demasiado y una mujer a su lado peligrá.

Tom se volvió a ella, la miró a los ojos y advirtió en su mirada un deseo de amor tan grande que la estrechó en sus brazos. Sintió que los brazos de Magdalena le rodeaban el cuello y sus bocas se unieron en un beso de infinita pasión que unta también sus almas.

—¡Magdalena!—exclamó Tom en el colmo de la felicidad—. ¿Me amas?

—No lo sé todavía—respondió ella—; sólo sé que eres el único hombre que me has hecho pensar en el amor.

—¡Qué feliz me haces —replicó él—. ¡Si tú supieras cuánto te amo! Mi vida me parece que no ha empezado hasta que te he visto. Fue desde el primer momento en el que tus ojos al posarse sobre mí parecieron entrarse en el fondo de mi pecho e hicieron latir mi corazón aceleradamente a impulsos de un amor que jamás había podido creer que existiese en la vida.

Y al terminar de expresarle su amor volvió nuevamente a besarla, mientras que Magdalena entornaba los ojos, como queriendo abstraerse de todo lo mundano y pensar únicamente en la dicha que estaba disfrutando en aquel momento.

UNA SEMANA DE FELICIDAD

Era ya día pleno cuando Margoli llamó a la habitación de Magdalena, sin obtener contestación alguna. Extrañado por aquel sueño tan fuerte que nunca había tenido la joven se atrevió a abrir la habitación y la encontró durmiendo tranquilamente, sin dar señal de haberlo oído. Se acercó al lecho y la llamó nuevamente diciéndole:

—Magdalena... Ya es muy tarde. Debes levantarte.

La joven se revolvió en la cama, se volvió a tapar hasta la cabeza y respondió débilmente:

—Tengo mucho sueño. Déjame dormir.

—¿Y el collar?... Dónde tienes el collar?—le preguntó Margoli.

Magdalena sacó un brazo de

entre las sábanas y señaló la mesilla de noche, sobre la cual estaba el collar de perlas que había motivado su venida a España.

Margoli se apoderó del collar y se lo guardó en el bolsillo, diciéndole:

—Yo me voy a Madrid. Hay necesidad de que vea a Olga y preparemos la venta de este collar.

—Pues yo me quedo—replicó Magdalena, sin hacer nada por levantarse.

—¿Pero no comprendes que ya nada nos queda que hacer aquí?—insistió Margoli.

Magdalena no contestó. Tenía tal sueño que ni siquiera se daba cuenta de lo que le decía Mar-

goli hasta que éste le dijo saliendo de su habitación:

—Voy a llamar a Tom. Es preciso que se venga conmigo para deshacernos de él en Madrid.

Entonces fué cuando Magdalena pegó un salto de la cama. Después de lo que habían hablado la noche anterior, el oír el nombre de Tom la despertó por completo y mucho más al saber que Margoli se lo quería llevar.

Mientras ella se vestía, Margoli fué al cuarto del americano y llamó varias veces a la puerta. Tampoco obtuvo respuesta de éste. Se conocía que aquella noche se había acostado tarde. Margoli movió la cabeza de un lado a otro como pensando en lo que habría pasado la noche e insistió de nuevo en sus llamadas. En vista de que Tom no respondía, entró al cuarto y lo movió violentamente diciéndole:

—¡Eh! Amigo, que ya es hora de levantarse.

Tom no hizo el menor gesto que denotase que se hubiera despertado y Margoli le dijo de nuevo:

—¿Me ha oído?

Tom refunfuñó diciéndole tráfajosamente:

—¡Sí!

—Pues levántese. Vendrá conmigo a Madrid. ¿No quería conocer España?

—Desde niño quería conocerla —respondió medio dormido Tom.

—Pues ahora tiene la ocasión. Yo le llevaré a Madrid—insistió otra vez Margoli.

—Es que ahora ya no soy niño —le dijo Tom—. Ahora ya no me interesa.

Margoli se fué malhumorado en busca de Magdalena, que ya estaba vestida, y le dijo:

—Ahora resulta que ese pelmazo no quiere ir a Madrid.

—¿Y qué hacemos?—preguntó sonriendo Magdalena, sin poder ocultar la alegría que le producía aquello.

—Lo mejor será que vayas tú y le convenzas. Dile algo que lo decida a marcharse.

Magdalena se fué en busca de Tom. Llamó a la puerta sin obtener contestación hasta que le gritó desde fuera:

—Tom... Soy yo, Tom... Magdalena. Abreme, Tom.

No tardó dos minutos en aparecer Tom en la puerta del cuarto y Magdalena, besándolo cariñosamente, le dijo:

—Tom, mi tío quiere que te vayas a Madrid, pero yo no quiero, porque yo me quedo aquí. ¿Te irás, amor mío?

—No, no me iré. Yo me quedo también—respondió Tom.

—Gracias, querido — respondió ella, dándole un nuevo beso y marchando en busca de Margoli, a quien le dijo:

—He hablado con Tom.

—¿Y qué? ¿Has conseguido que se venga?

—Oh, no. Tom le admira mucho, pero no quiere irse. Tendrás que hacerlo tú solo.

—Es decir, ¿que no nos vamos a ver libres de ese majadero?

—No le digas majadera, por favor — le regañó ella mimosamente.

—Piensa que nos ha servido para pasar el collar por la frontera.

—Déjate de bromas, Magdalena — exclamó Margoli —. Es preciso que ese hombre se vaya de aquí.

—Pero si no quiere, ¿qué quieres que haga yo, pobre de mí?

—Si tú se lo aconsejas, él se irá.

—Ya lo he hecho, pero prefiero quedarse aquí antes que marchar a Madrid. Ya te dije que era un hombre de buen gusto... Lo supe desde el primer momento.

Margoli, dejándose llevar por la indignación que le producía la actitud de Magdalena, exclamó violentamente:

—Pues me iré yo a Madrid y ya verás como no te necesito para vender el collar.

—Y yo me alegraré que lo con-

sigas... Después de todo, nunca ha sido mi fuerte el hacer de comerciante.

Y en efecto, aquella misma mañana, Margoli se ausentó de la casa y se dirigió a Madrid, dejando a los dos jóvenes enamorados como dueños y señores de aquella casa. Desde aquel instante comenzó para la pareja una verdadera semana de felicidad. El amor que entre ambos había nacido los unía con lazos irrompibles y el único pesar de Magdalena era el haber engañado a Tom diciéndole que era condesa, cuando en realidad solamente era una vulgar ladrona. No sabía de qué forma podría confesarle la verdad sin herir la susceptibilidad del muchacho y mucho más cuando ella le comprendía plenamente enamorado de ella.

Aquella mañana se hallaban los dos almorzando y Magdalena, sin quitarle la vista de encima, le dijo cariñosamente:

—Tal vez no me perdones lo que he hecho contigo.

—¿El qué? — preguntó él.

—Te he aislado del mundo. Te tengo en esta casa, sin teléfono, lejos del tren y lejos de toda amistad.

—Pero me has acercado a la

gloria, porque estoy junto a ti—respondió él.

Magdalena le agradeció la galantería sonriéndole deliciosamente y Tom le preguntó al ver que lo miraba con tanta fijeza:

—¿Por qué me miras?

—Porque me acuerdo de lo bien que te sienta la luna de España.

—Y el sol, ¿cómo me sienta?

—No tan bien, pero querría que fuese otra vez de noche—le dijo ella.

Tom comprendió lo que quería decirle con aquello y se levantó de su asiento para acercarse a ella, la estrechó en sus brazos y otra vez volvieron a besarse con toda la fuerza de aquella inmensa pasión que había nacido en ellos.

En continuo idilio vivieron los dos jóvenes durante siete días, sin que se dieran cuenta del tiempo que pasaba. Para ellos no había más mundo que el que existía entre el cielo y su amor y se pasaban las horas diciéndose mutuamente el amor que se tenían. Tom, ingenuamente, como si fuera un chiquillo, le explicaba los planes que tenía para el porvenir, sus deseos de casarse con ella, y en aquella íntima relación iba forjando un idilio que era el que Magdalena había soñado siempre.

Durante todo este tiempo, Mag-

dalena olvidó su verdadera situación y aun cuando recibió varios telegramas de Margoli llamándola a Madrid, no hizo nada por responderle, sin preocuparle la determinación que pudiera tomar el jefe de la banda. Para ella lo único que existía era Tom y a él le dedicaba todas las horas de su vida.

Juntos recorrieron todos los contornos, subieron por montes, cruzaron los maravillosos paisajes que rodeaban la casa y en una palabra vivieron en un verdadero paraíso.

Mas una tarde la realidad vino a llamar a la puerta de aquella casa. Le avisaron a Magdalena que una señora deseaba verla y la joven temiendo que pudiera ser alguien de la banda y para evitar que Tom se enterase de su verdadera vida lo dejó en el jardín y entró en el interior. Quedó sorprendida al encontrarse allí con una vieja a quien Magdalena le dijo:

—¡Tía Olga!... ¿A qué has venido?

La vieja sacó un cigarrillo, lo encendió tranquilamente y le respondió:

—He venido a decirte que Margoli está muy incomodado contigo.

—¿Por qué no he ido a Madrid?

—Claro — respondió ella —. Te ha escrito varias veces y te ha telegrafado sin que tú siquiera le hayas contestado.

—No me interesa ir a Madrid.

—Si ya sé que tienes aquí algo más interesante. Pero ya es hora de que se acabe. ¿Acaso te has cansado?

Magdalena movió la cabeza negativamente y la vieja continuó diciéndole.

—¿Acaso es algo serio?

—Lo único serio que hay en mi vida — respondió Magdalena —. No te puedes dar idea cómo le amo.

—Pero por él no debes abandonar a Margoli. Ya sé que entre vosotros jamás ha existido nada, pero él te necesita para vender el collar.

—Que lo venda sin mí. Yo se lo he procurado, ahora que él haga lo que mejor quiera de la joya.

—Margoli no puede venderlo — repuso la vieja —. Fíjate que debe ser una mujer la poseedora de un collar. Un hombre siempre suscita sospechas.

Magdalena se encogió de hombros como dándole a entender que nada le importaba lo que pudiera sucederle a Margoli. La vieja bebió de un trago una copa de co-

ñac que se había servido y volvió a decirle:

—Tú no te acuerdas del genio que tiene Margoli. Ya sabes que cuando se enfada se pone intratable.

—¡In-tra-ta-ble! — exclamó Margoli apareciendo en el quicio de la puerta.

Magdalena se volvió a él sin denotar el menor temor y Margoli continuó diciéndole:

—¿Por qué no has contestado a mis telegramas?

—Porque no me interesaban y además porque no pensaba ir a Madrid.

—Pues tendrás que venir conmigo.

Magdalena se levantó para marcharse al mismo tiempo que le decía:

—Te advierto que no soy mujer que se asusta tan fácilmente.

El la sujetó por un brazo y le dijo amenazador:

—¿Y crees que vas a jugar conmigo?

—Yo no pienso jugar con nadie, solamente te digo que me dejes en paz.

Margoli la miró severamente y le respondió de nuevo:

—Ten presente que estamos muy ligados. Nos une el mismo collar.

—¿Y qué? — respondió ella—. Tú me serviste en una ocasión y yo te he pagado. Estamos en paz.

—¿Es que piensas seguir con ese americano? — le preguntó Margoli.

—Pienso hacer lo que mejor me parezca.

—Pues entonces yo la diré a ese hombre lo que tú eres y veremos el tiempo que está a tu lado.

—No es necesario — exclamó Magdalena — seré yo misma la que se lo diga.

Y para demostrarle que no le temía salió a la puerta desde donde vio a Tom que la esperaba. Había tal inocencia en aquel hombre, le pareció tan niño que Magdalena se arrepintió de lo que iba a hacer. ¿Acaso tenía ella razón de destrozar la ilusión que él se había forjado de ella? ¿Podía ella destruir toda la dicha que aquel hombre se había forjado con su amor? Le pesó el haber alentado aquella pasión que nunca podría satisfacer y volvió de nuevo a donde estaba Margoli y la vieja. El cómplice sonrió al verla regresar sin haber salido de la puerta y le dijo:

—Ya sabía yo que no serías capaz de decirle nada. ¿Acaso podrás pasar sin tu título, sin esta

vida de lujo y fastuosidad que llevas, sin vivir en los grandes hoteles?

—Desprecio todo eso—respondió Magdalena—. Nada me importa el título, que no pienso volver a usar más y solamente me pesa el haberte servido una vez, para que me encadenases para siempre. Yo no me iré con él, pero oye bien lo que voy a decirte, tampoco te serviré para vender ese collar ni para robar nada más... ¿Lo entiendes bien?

Margoli montó en cólera y de fijo que se habría abalanzado sobre ella, si la vieja no hubiera intervenido y llevándose a un lado a Margoli, le hubiera dicho en secreto:

—Déjame a solas con ella. Ya verás como yo la convengo.

Salió Margoli y Olga se acercó a Magdalena diciéndole:

—¿Tanto le amas?

—Más que a mi propia vida. Yo no sabía lo que era amor, nunca me senti amada, hasta que le he conocido.

—Y piensas perder su amor?

Magdalena la miró sin saber qué quería decirle y Olga continuó:

—Si le dices la verdad, si le confiesas tu vida ese hombre huirá de ti. A mí me pasó lo mismo.

—¿Que a usted le pasó lo mismo?—le preguntó Magdalena.

—Sí, hijilla. Espérate que antes de que te lo cuente quiero tomar fuerzas y para ello nada mejor que beberme una copa de coñac. ¿Sabes que el coñac tonifica mucho?

Magdalena se encogió de hombros y esperó a que Olga le refiriera aquella historia que, según ella, tanto se parecía a la suya.

Olga después de beber y saborear el licor comenzó diciéndole:

—Tendría yo aproximadamente la misma edad que tú tienes cuando por primera vez en mi vida supe lo que era amor. Sufrí un accidente en Suiza y me llevaron a un hospital. En él había un médico que era de mi misma edad, un muchacho elegantísimo verdaderamente encantador.

Suspiró, acordándose quizás de aquellos años de su juventud y ante la mirada interrogativa de Magdalena continuó diciéndole:

—Yo me enamoré de él, como se hubiera enamorado cualquier otra mujer que le hubiera conocido. Entonces estaba yo en la plenitud de mi belleza y me sabía capaz de enamorar a un hombre. Desde el primer día comprendí que el médico se había enamorado de mí, que se sentía atraído por

una pasión a la que yo desgraciadamente correspondía con igual fuerza. No pensaba más que en él, mi vida entera la hubiera dado por él y por esto precisamente decidí sacrificarme.

—¿Sacrificarse?—preguntó Magdalena.

—Claro está. Sacrifiqué mi amor, por amarle demasiado.

—No comprendo—respondió Magdalena.

—Yo te explicaré mejor—volvió a decirle—. Para mí lo más fácil hubiera sido engañarle, no haberle dicho lo que yo era en realidad y de esta forma me habría hecho feliz, pero ¿y el día que se hubiera enterado por cualquier circunstancia? ¿Qué es lo que habría ocurrido entonces? Esto es lo que pensé y por esto quise guardar mi amor para siempre. Sentirme siempre amada por él y que ignorase la verdadera realidad de mi vida. Si yo le hubiera dicho lo que era estoy segura de que él me habría despreciado y de que todo el amor que por mí sentía se habría cambiado en odio al ver que amaba a una mujer que no era digna de él.

—¿Y es éste mi caso?

—Idéntico—respondió Olga—. ¿Piensas tú que si le dices la verdad él te perdonará el engaño que

le has hecho? Los hombres no perdonan tan fácilmente el que se burlen de su amor.

—Pero yo no me he burlado—respondió desesperada Magdalena comprendiendo que la vieja tenía razón.

—Claro que si te has burlado—le dijo Olga—. Tú le has dicho que eras condesa, que eres de una familia noble, él te ha creído y te amaba como tal.

—¿Crees que Tom no me amaría si no fuese condesa, si le dijera que era tan solamente Magdalena Beauprès?

—Como Magdalena Beauprès te amaría igual, pero como ladrona nunca.

—¡Esa palabra es demasiado dura, Olga!—exclamó Magdalena ofendida.

—Es la verdadera. Tú has robado un collar. ¿Podrás negarlo?

Magdalena bajó la cabeza y la vieja le dijo de nuevo:

—¿Ves cómo me das la razón?... ¿Ves como no te atreverías a decirselo?

—¿Y qué es lo que debo hacer?—preguntó desesperada Magdalena.

—Huir de su lado, marcharte y no volverlo a ver más. Todas las explicaciones que pienses darle serán inútiles, porque como no po-

drás decirle la verdad no te creerá nada de lo que le digas.

Magdalena guardó silencio durante unos segundos. Las palabras de Olga le habían abierto los ojos a la realidad y le demostraban el falso mundo en el que había vivido durante aquellos siete días de continuo idilio. Sin embargo, lo que no quería hacer era marcharse sin despedirse de Tom. Necesitaba tener con él una explicación, no decirle la verdad pero echarle cualquier excusa para que él la dejase. Era algo mayor a su voluntad lo que la aconsejaba el tener con Tom una última entrevista para despedirse definitivamente de aquel hombre, del único que en la vida le había dado a entender lo que era amor.

Decidida a ello le dijo a la vieja.

—Estoy conforme con todo lo que dices, pero yo necesito despedirme, necesito hacerle comprender que no debe esperarme más. No debe una mujer huir de un hombre a quien ama como yo amo y de quien es amada como Tom me ama a mí, sin decirle «adiós», aun cuando sea el definitivo. Te prometo que esta tarde, después de comer nos iremos a Madrid, pero ahora necesito decirselo a él. Estoy segura de que si nada le dijese se vendría detrás

de nosotros y si le veo de nuevo, no sé si sabría contenerme de confesarle toda la verdad:

Olga se encogió de hombros y le respondió:

—Puedes hacer lo que quieras, pero creo que no habría necesidad de ello.

No obstante, Magdalena se fue a donde estaba Tom y le dijo:

—Es preciso que hablemos en serio.

—¿Qué sucede?—preguntó Tom que lo que menos podía sospechar era el motivo de aquella seriedad por parte de Magdalena.

Esta se sentó a su lado y procurando aparecer lo más tranquila posible comenzó diciéndole:

—¿Verdad que yo te he prometido irme contigo a Detroit y ser tu esposa?

—Y hacerme el hombre más feliz del mundo—respondió él.

Magdalena sintió un gran dolor al tener que decirle lo que se proponía, pero haciendo un gran esfuerzo sobre sí misma para vencer la emoción que la embargaba le dijo de nuevo:

—Lo siento mucho, pero eso no puede ser.

—¿Que no pueda ser?... ¿Por qué?—preguntó Tom levantándose como si le hubiera tocado un rayo.

—Pues porque no sé si podré avenirme a esa vida de hogar que tú me proponías.

Tom se dejó llevar por el despecho y le dijo:

—Comprendo lo que quieres decirme. Me echas en cara mi pobreza, el no poderle tener dentro de este lujo en que vives. Llevas razón, pero debías haberlo pensado antes. Yo no te engañé nunca, te abrí mi corazón y te confesé toda mi vida como debe hacerse a la persona que de verdad se ama. Yo he sido para ti una simple aventura de vacaciones, ¿verdad?

Magdalena bajó la cabeza sin atreverse a mirarlo. Llevaba razón Tom al acusarla de aquella forma. El se había confesado a ella con toda la sinceridad de un corazón enamorado y ella le había pagado con aquella ingratitud. No tenía derecho a replicar siquiera porque todo lo que pudiera decirle no serviría para nada y únicamente se atrevió a exclamar:

—Es inútil que me reproches nada. Debemos decirnos adiós esta tarde y no pensar más el uno en el otro.

—¿Y crees tú que eso es posible?—le dijo Tom—. Crees que puede decirse al corazón que no se acuerde más de aquella perso-

na a quien pertenece por completo?

Magdalena no sabía qué excusa dar para terminar aquella violenta discusión y Tom le preguntó:

—¿Qué es lo que te ha hecho cambiar de pensamiento?

—He hablado con mi tío y él me ha devuelto a la realidad. Vivía en un país de ensueño, en un mundo lejos de la realidad y él me ha hecho abrir los ojos y me ha convencido de que no solamente el amor es lo importante en el mundo.

Sin darse cuenta ella misma le le confesaba su amor y Tom agarrándose a esta declaración se acercó a ella y le dijo mirándola fijamente.

—Pero tú me amas... ¿verdad que me amas?

Magdalena no supo negar y afirmó con la cabeza, diciéndole el seguidamente:

—Pues entonces debes desechar esos prejuicios de tu tío. El amor está por encima de todo. Cuando se ama se pasa por cuanto haya que pasar. ¿Qué importa lo que se haya sido o lo que se sea si el amor purifica las almas y redime los cuerpos.

Magdalena le escuchaba ansiosamente. Aquellas palabras tenían para ella un sentido que ni el mis-

mo Tom que las pronunciaba podía comprender. Esa redención de que le hablaba Tom era lo que había sido, si él pudiera olvidar que ella había llegado a ser, por una fuerza extraña a su voluntad, una ladrona, ella le habría confesado toda la verdad y por lo mismo le preguntó:

—¿Estás seguro de lo que dices?

—¿Cómo no estarlo si te amo con locura—respondió Tom—. ¿Qué se yo de ti, sino que te llamas Magdalena? ¿Qué sabes tú de mí, si yo no te lo hubiera dicho? ¿Qué me importa a mí lo que tú hayas podido ser, si mi único pesar es que seas condesa?

Magdalena, sintió el deseo de defender su felicidad por encima de todo y decidida a saber si ella era merecedora de ese perdón que tan pródigamente le concedía Tom, le dijo:

—¿Y si yo no fuera condesa? ¿Y si yo fuera únicamente Magdalena Beauprés?

—Pues sería mucho mejor, porque entonces no tendrías que descender hasta mí, sino que los dos seríamos iguales y nuestro amor sería más fuerte.

—¿Y si te enterases de algo de mi vida que no pudiera decir?—preguntó ella.

—Subría perdonarte, si es que me amas de verdad. El amor ya te he dicho que lo perdona todo.

—¿Y si confesándote eso que te digo, fuera la mayor demostración de cuanto se pueda amar a un hombre?

—Me bastaría una confesión sincera tuya para que siguieras siendo para mí la misma que has sido hasta ahora.

—Pues bien—exclamó Magdalena—. Yo soy una ladrona.

Tom la miró fijamente y la seriedad que expresaba su rostro se convirtió en una carcajada exclamando:

—¡Eso no lo creería nunca!

—Pues es la verdad—respondió Magdalena—. Yo no te lo hubiera dicho. Quería hacer lo mismo que hizo tía Olga.

—¿Y qué hizo tía Olga?—preguntó curiosamente.

Magdalena le refirió toda la historia que la vieja le había contado y Tom saltando una alegre carcajada la cogió entre sus brazos y la dijo:

—¿Y eso mismo querías hacer tú?

—Sí—respondió ella—. Quería conservar tu amor durante toda la vida.

—¡Eres admirable! — exclamó

Tom—. Pero has hecho bien en decirme todo eso. Ya verás como todo se arregla admirablemente.

—Imposible — exclamó ella—. Yo no quiero complicarte en mi vida. Le tengo miedo a Margoli, es un hombre capaz de todo.

—Es que yo también soy capaz de bastante—respondió Tom: No te preocupes por él que de eso ya me encargo. Lo más importante es que nos amamos y que es preciso devolver ese collar sea como sea.

—No tengo yo el collar — respondió Magdalena—.

Y le refirió de qué forma se había apoderado de él y cómo Margoli se lo quitó del bolsillo la noche en que llegaron a la casa.

Tom quedó un momento en silencio y al fin le respondió:

—Lo importante es ir a París, devolver el collar y hacer que el joyero te perdone. Eso no será difícil cuando vea que le devuelves el collar. Yo haré porque vuelva otra vez a nuestro poder.

Y abrazando de nuevo a Magdalena la tranquilizó completamente, sintiéndose ella mucho más feliz al ver que el amor de Tom seguía siendo para ella tan fuerte como lo creyó desde un principio.

LA ESTRATAGEMA DE TOM

Al volver de nuevo Magdalena a donde estaba Olga ésta le preguntó:

—¿Qué habéis quedado?

—He hecho lo que tú me propusiste—le dijo Magdalena.

—¿Y qué ha dicho Tom?

—Se ha puesto hecho una furia, pero luego me ha suplicado que lo deje comer a mi lado hoy por última vez.

—¿Y has accedido?—preguntó Olga.

—No tenía más remedio que hacerlo—respondió Magdalena.

—Creo que has hecho mal—le dijo Olga—. Debías haber acabado de una vez con él.

—Es que es muy terco y no me habría dejado en paz. Así delante

de vosotros la despedida será más corta.

Olga no sospechó nada de lo que había pasado entre los jóvenes y cuando le dio cuenta a Margoli de la conversación que Magdalena había tenido con Tom, éste le preguntó:

—¿Y crees que te habrá dicho la verdad?

—Dudas de que sea verdad?

—De los enamorados no me flo nunca—respondió Margoli.

—Pero en esta ocasión el amor no puede hacer nada. Precisamente por amarle ella habrá procurado ocultarle toda la verdad.

Margoli se dio por convencido y replicó:

—Bueno, lo importante es que

nos vayamos de aquí y dejemos a ese americano, sea como sea. Este asunto está trayendo más complicaciones que lo que yo deseaba.

Convenido en que Tom comiese con ellos, Magdalena se sintió más tranquila pensando en que él se encargaría de hacer que Margoli le entregase el collar.

A la hora de comer, se sentaron todos ante la mesa, teniendo Tom a su lado a la joven que no adivinaba de qué forma se valdría Tom para hacer que Margoli devolviese el collar. Le creía a éste capaz de todo, menos de desprenderse tan fácilmente de aquella joya que tantas precauciones le había costado.

Principió la comida sin que se hubiera hecho alusión alguna al collar, ni al viaje que debían hacer, hasta que finalmente, cuando ya estaban a punto de terminar, Tom comenzó diciéndoles:

—Recuerdo que la primera noche que estuvimos aquí su alteza tuvo la gentileza de distraernos con sus juegos de manos. Yo quiero corresponder a aquella atención y comenzaré por contarles una historia muy distraída.

Y entre bromas y veras y sin hacer alusión a Olga, refirió la

misma historia que ésta le había contado a Magdalena.

Margoli que conocía la historia de referencia empezó a dudar del americano y a sospechar de que Magdalena, llevada por la pasión que sentía por Tom, le hubiese confesado a éste toda la verdad.

No obstante se abstuvo de hacer la menor protesta hasta ver a dónde iba a parar Tom con aquella historia, y cuando hubo terminado le dijo:

—Sí, resulta una historia muy ocurrente, aunque desde luego la creo irreal e imposible de haber sucedido.

—Eso mismo creo yo—respondió Tom—. Cuando me la contaron me eché a reír y le dije a quien me la contó que eso sólo pasa en los cuentos de fábulas y de princesas enamoradas. Celebro infinito que coincida usted conmigo.

—Naturalmente — respondió Margoli que no quitaba la vista del americano, temiendo que éste pudiera provocar alguna situación violenta.

Magdalena sufría horriblemente. Sentía que el corazón le latía con más fuerza que nunca y empezaba a temer por la vida de su amado. Estaba segura de que

Margoli, antes que dejarse prender, era capaz de matarlo.

Pero Tom, demostrando una sangre fría y un valor asombroso, volvió a decirles:

—Ya veo que mi historia no les ha interesado y voy a distraerles de otra forma.

Cogió el collar que llevaba puesto Magdalena y lo hizo desaparecer en uno de sus bolsillos diciéndole a Margoli:

—El collar lo tiene usted ahora en el bolsillo de pecho de su americana.

—Puede ser—respondió tranquilamente Margoli, convencido ya de que Tom sabía la verdad de todo. Se metió la mano en el bolsillo y en vez de sacar el collar sacó una pistola con la que encañonó a Tom diciéndole:

—Todo esto que sabe usted le costará caro. No se mueva, porque dispararé sin contemplación alguna.

Tom no protestó. Sonrió irónicamente, levantando los brazos en alto, y al mismo tiempo pensando en qué forma salir del atolladero en que se había metido.

Magdalena miraba angustiada a Margoli. Temía por la vida de Tom, mientras que Olga seguía comiendo tranquilamente,

como si todo aquello se tratara simplemente de una broma.

Pero las piernas de Tom fueron su salvación. Eran lo suficientemente largas para poder alcanzar con ellas el brazo de Margoli y darle un puntapié que le hiciera soltar el arma. Y tal como lo pensó lo hizo. Cuando menos lo esperaba Margoli sintió un tremendo golpe en el brazo que le hizo soltar el revólver, cogiéndolo Tom en el aire y arrojándolo a una sopera que había en la mesa para inutilizarlo con el caldo, al mismo tiempo que le decía:

—Esto ha sido con el pie, ahora fíjese usted bien en mi puño izquierdo y dígame si le tiene algún aprecio a sus huesos.

Margoli se vió vencido. No era posible luchar con aquel hombre que de un puñetazo lo desharía, y su rostro adquirió una lividez cadavérica, producida por la ira que sentía en aquellos momentos.

Tom con igual tranquilidad que en un principio le volvió a decir:

—Creo que ahora no tendrá usted inconveniente en entregarme ese collar que no le pertenece. Si me lo entrega para devolverlo a su dueño, yo le doy mi palabra

de no descubrirlo, pero si se resiste a ello y tengo que hacerle daño, entonces lo delataré. Usted verá lo que más le conviene.

Margoli no era un hombre insensato que quisiera realizar lo imposible y lo imposible en aquel entonces era oponerse a la orden de Tom, por lo que sin replicar palabra le entregó el collar, y el americano le dijo:

—Como da la casualidad de que no tenemos coche y tenemos necesidad de irnos de aquí, usted va a ser tan amable que nos va a ceder el suyo... De esta forma podremos terminar cuanto antes este asunto.

Se volvió a Magdalena y le preguntó:

—¿Lo tienes todo dispuesto, querida?

—Sí—respondió ella.

—Pues entonces ya no tenemos nada que hacer aquí. Vámonos.

Y sin perder de vista a Margoli para que no pudiera sorprenderlo traidoramente, salió del comedor, acompañado de Magdalena. En la puerta subió al coche y cuando estuvo en marcha se despidió de Olga y de Margoli diciéndoles:

—Dele recuerdos a su doctor, señora. Adiós, «Alteza».

Emprendieron el camino de Francia los dos jóvenes. Cada uno iba poseído por un pensamiento distinto. Magdalena pensaba en la diferencia de cómo había venido a España y cómo salía de ella; Tom pensaba en la felicidad que le esperaba al lado de Magdalena, y hasta el paisaje le parecía mucho más hermoso que cuando había venido.

Margoli quiso impedir que los dos jóvenes se fueran; pero Olga, que por tener más edad era también más razonable lo detuvo diciéndole:

—¿Qué vas a hacer?

—Impedir que se marchen.

—Es inútil — respondió Olga.

—Lo primero que debiste hacer es no consentir que ese hombre estuviese con ella el tiempo que lo ha estado; ahora es ya imposible. Lo único que conseguirías es salir perdiendo en una lucha con él.

Margoli quedó un momento pensativo viéndolos marchar y se volvió a Olga diciéndole.

—Es preciso que no lleguen a Francia.

—¿Piensas seguirlos? — preguntó sonriendo irónicamente la vieja.

—No, pero pienso hacerlos de-

tener antes de que lleguen a la frontera.

—¿Cómo? — preguntó la vieja, bebiendo una copa de coñac, de la botella que había sobre la mesa—. ¿Piensas seguirlos?

Margoli calló sin responder a la pregunta y Olga continuó diciendo:

—Eso sería una locura y no te creo capaz de hacerla.

—Los denunciaré a la policía. Hay mil medios de hacerlos detener, sin necesidad de dar la cara.

—Bah, poco adelantarias con ello. Lo importante es que nos pongamos a salvo nosotros. Ese americano es capaz de todo. Yo no estoy tranquila hasta que estamos lejos de aquí.

—¡Lejos de aquí! — respondió pensativo Margoli.

Olga se acercó a él, le miró fijamente a los ojos y exclamó, comprendiendo al fin toda la verdad:

—Ahora me he dado cuenta de lo que no había pensado.

Margoli se revolvió hacia ella, al ver que había descubierto el secreto que tanto había cuidado él de ocultar y le preguntó:

—¿Qué es lo que has descubierto?

—El interés que te merece Magdalena.

—Ya sabes que siempre me lo ha merecido.

—Pero en esta ocasión es distinto—respondió Olga.

Y como Margoli callara sin querer responder a la pregunta, ella le dijo:

—¿La amas mucho?

Margoli bajó la cabeza asintiendo afirmativamente y la vieja le volvió a decir:

—Eso era una locura. Un hombre como tú no puede pensar en el amor.

—¿Por qué? — le preguntó extrañado Margoli.

—Por dos cosas. Primero porque ya te ha pasado la edad de ello y segundo porque cuando se ama a una mujer, se procura aislarla de todo lo que nos pueda hacer perder su amor.

—Yo no le he buscado a este hombre.

—Pero has buscado la ocasión de que pueda conocerlo y de que él pueda hacerla ver la diferencia que hay entre la vida que él le ofrecía y la que tú le dabas.

—¿Qué le faltaba a Magdalena?

—Solamente lo que se ha llevado de aquí—respondió Olga—. Amor.

—Yo la hubiera amado tanto como ese americano — protestó Margoli.

—Pero ella no te hubiera amado a ti. Créeme, lo mejor es que dejes este asunto como está.

—¿Y voy a permitir que ellos vivan tranquilamente mientras yo me muero de celos?

—No tienes más remedio que hacerlo. Es un mal negocio que te ha salido y que debes aceptar. Figúrate que la policía os hubiera detenido...

Margoli comprendía interiormente que Olga tenía razón. ¿Qué podía hacer él para detener a Magdalena. Además, Tom no era hombre que se dejase vencer tan fácilmente y no era lo mismo luchar contra una débil mujer o contra un hombre que estuviera sometido a su voluntad, por algún delito, como luchar contra Tom, que no temía a nada, ni a nadie.

Jamás hubiera podido tener Magdalena un defensor de la calidad del americano y Margoli terminó diciendo:

—Llevas razón. Nada podemos hacer. Lo mejor es que nos vayamos de aquí y pensemos en algo más práctico.

Y siguiendo el consejo de Olga, aquella misma tarde los dos cómplices se dirigieron a Madrid, para desde allí poder pensar tranquilamente en algún nuevo golpe que los hiciera dueños de alguna otra joya.

Mientras se dirigían a la capital de España, Margoli seguía lamentándose de la ausencia de Magdalena y le decía a Olga:

—Hemos perdido nuestro mayor auxiliar.

—Lo sé — respondió Olga.

—Magdalena no infundía sospecha alguna y ella era la que mejor podía ayudarnos en nuestro negocio.

—Pues ahora tendrás que pensar en alguna nueva — le dijo riendo Olga —, pero sin que te enamores de ella. Piensa sólo en comerciante y no pienses en hombre.

Margoli volvió a callar y mientras que el coche se dirigía hacia Madrid él iba recorriendo con la vista todo el paisaje que se extendía a sus ojos, sin que su estado de ánimo le permitiera ver toda la belleza que en sí contenía.

LA DEVOLUCION DEL COLLAR

Tom le había confesado todo el plan que había pensado. El jamás se casaría con una mujer que tuviera una deuda pendiente con la justicia, aunque fuera la propia Magdalena. Ante todo había que cumplir con las leyes humanas, para que el amor pudiera hacerlos tan felices como él deseaba.

—¿De qué serviría amarnos, si tuviéramos que esconder nuestro amor a todo el mundo. Tú debes ser libre—le dijo él—. ¿Acaso prefieres seguir viviendo como hasta ahora acorralada por la policía, con un sobresalto diario y esperando siempre de un momento a otro el instante en que

llegue la policía a prenderte. Magdalena le escuchaba atentamente sin perder una sola de sus palabras. A medida que Tom le iba aconsejando sentía que era mayor el amor que por él sentía. Hasta entonces no había encontrado en su vida un hombre que le hablase con la lealtad que lo hacía Tom. Cuantos se habían cruzado en su camino, no habían visto en ella más que a la mujer hermosa capaz de satisfacer su vanidad de hombre o sus deseos varoniles. Sin embargo Tom era distinto a todos ellos. En sus palabras se advertía la grandiosidad del amor que existía en su corazón y por lo mismo Magda-

lena asentía con la cabeza a cuanto le decía el americano, que continuó diciéndole:

—Por otra parte tienes que pensar en Margoli.

—¿En Margoli?—preguntó ella abriendo los ojos asustada.

—Sí—respondió Tom—. ¿Crees que Margoli se conformará con que le hayamos ganado por la mano?

—¿Y qué puede hacer él?—preguntó Magdalena.

—Sencillamente, denunciarte.

—Eso sería perderse él mismo.

—No lo creas. Estos pájaros saben hacer las cosas de forma que ellos siempre quedan libres y encarcelan al que les estorba. Además Margoli...

Tom se detuvo sin atreverse a decir lo que pensaba en aquel instante, o mejor dicho lo que había sospechado de Margoli, desde que se dió cuenta de que no era el tío de Magdalena.

Magdalena al ver que se detenía, sin atreverse a continuar, exclamó:

—No te importe decir lo que piensas... Yo lo he pensado muchas veces también de él.

—También tú crees que Margoli te ama?—le preguntó Tom.

La joven movió la cabeza diciéndole.

—No, Margoli no me ama, ni me ha amado nunca. Margoli ha sentido por mí ese deseo que suelen sentir todos los hombres cuando están al lado de una mujer hermosa, pero sin que sea precisamente amor. Cuando se ama no se expone a la mujer amada de la forma que él me ha expuesto, ni se la induce por el camino que él ha querido inducirme. Si no te hubiera encontrado a ti, si tú no me hubieras hecho sentir el verdadero amor, habría terminado siendo una vulgar ladrona.

—Eso era precisamente lo que quería Margoli para esclavizarte a su voluntad—le respondió Tom.

Magdalena se dió mayor cuenta todavía del peligro que había corrido al lado del falso príncipe y se abrazó a Tom diciéndole:

—Nunca podré olvidar todo lo que has hecho por mí. Te debo algo más que la vida, porque te debo mi libertad.

Durante todo el trayecto no volvieron a hablar más de aquel asunto. Cuando llegaron a la frontera francesa Tom cogió el collar y lo escondió dentro de su equipaje para evitar que la policía pudiera detener a Magdalena. Su plan era precisamente librarse de ella y ver al joyero antes

de que su prometida pudiera ser detenida.

Magdalena se opuso en un principio diciéndole:

—¿No ves que si te descubren el collar serás detenido?

—Eso no importa—respondió Tom— Yo puedo justificar mi personalidad, tengo quien salga responsable por mí, mientras que tú no lo puedes hacer. Si me detienen será solamente cuestión de unos días.

Pero la suerte les favoreció en aquella ocasión y pasaron la aduana fronteriza sin que el menor inconveniente viniera a entorpecer la marcha de aquel viaje.

—¿Estás dispuesta a hacer todo lo que te dije?—le preguntó Tom al llegar a París.

—Sí—le dijo ella—. Estoy decidida a pagar mi deuda con la justicia.

—Y yo te juro esperarte todo el tiempo que sea preciso—le dijo Tom abrazándola.

La situación para Magdalena no podía ser más difícil. Tom le había exigido que se presentase ella misma al joyero, y que le entregase el collar en propia mano, única forma de hacer que éste retirara la denuncia presentada a la policía y quedar en libertad. Si por el contrario el jo-

yero no accedía a perdonarla, Magdalena se prestaba a que los tribunales la juzgasen y cumplir su condena para poder ser absolutamente libre y poder disfrutar con toda libertad el amor de Tom.

El mismo día de su llegada a París, Tom y Magdalena fueron a la casa del joyero. Un dependiente salió a servirles, y Tom le dijo:

—Queremos ver personalmente al dueño.

El dependiente miró con un poco de reserva a aquel tipo tan extraño, y Tom insistió en su petición diciéndole:

—Dígale que se trata del asunto del collar que le robaron.

El dependiente ya no dudó de pasar el recado al joyero, quien los hizo pasar inmediatamente a su despacho.

Al ver a Magdalena la reconoció como la ladrona del collar y exclamó:

—¡Usted!... ¡Usted aquí!...

—Sí, señor—respondió Tom, pero antes de hacer nada escuchémos que puede ser que le interese.

El joyero calmó un poco su nerviosidad, y Magdalena le dijo:

—Recuerda usted que me dijo

que si algún día quería desprenderme de las perlas usted las volvería a tomar?

—Sí, eso dije — respondió el joyero.

—Pues he venido a devolverle a usted el collar — continuó diciéndole Magdalena.

Y al mismo tiempo sacó de su bolso el collar de perlas y lo puso encima de la mesa del joyero diciéndole:

—Mire usted si es el mismo que usted tenía.

El joyero examinó detenidamente las perlas y respondió:

—Desde luego, es el mismo. No hay duda de ello.

—¿Quiere usted quedárselo?

El joyero no respondió a la pregunta, sino que inquirió extrañado:

—Es el caso más inaudito que se me ha presentado. ¿Quiere usted decirme por qué hace esto?

Entonces fué Tom quien tomó la palabra y le respondió:

—Esta señorita y yo pensamos casarnos en seguida, a menos que usted ponga un reparo. La condición indispensable era que devolviese a usted el collar, para que usted la perdonase; si no lo hace tendré que esperar cuatro o cinco años. Ella se compromete

de esta forma reformar su vida y nosotros podremos ser felices. Usted por su parte no perderá nada, puesto que su collar lo tiene, que de otra forma le hubiera sido difícil recuperarlo... ¿Quiere usted hacer la dicha de dos seres que se aman?

Había tal sinceridad en las palabras de Tom e inspiraron tal simpatía al joyero que les respondió:

—Por mi parte retiraré la denuncia a la policía y procuraré que el doctor haga lo mismo. Tengan ustedes la seguridad de que se podrán casar.

Y, en efecto, dos días después, en una de las alcaldías de París, Tom y Magdalena se presentaron a firmar su acta de matrimonio. Antes de legalizar el enlace, el secretario judicial les preguntó:

—¿Quiénes son los testigos?

Tom se volvió y señaló a dos señores que había sentados en uno de los bancos. Eran nada menos que el joyero y el doctor. Los dos habían querido ser testigo de aquella boda la que no solamente servía para unir a dos seres que se amaban, sino también para regenerar una vida en la que el amor había realizado el milagro de enderezar por el camino de la virtud.

BIBLIOTECA FILMS

LAS MARAVILLAS DE LA TEMPORADA

GRAN REENCUENTRO II

PRÓXIMO NÚMERO: LA GRAN SUPERPRODUCCIÓN NACIONAL

INCERTIDUMBRE

La más emocionante novela en la cual se hallan en pugna el amor y la duda.

Suprema creación de

Ramón de Sentmenat

Superproducción

Hispania Orbis Films

y

Hilda Moreno

EN PRENSA:

La gran aventura de Silvia

Subyugante novela de amor, asunto nuevo y emotivo, que cautivará a los lectores y será recomendada a todas sus amistades, no deje usted de leerla también. Creación de la cineadora

Katharine Hepburn

Superproducción

gigante Radio Films

y el apuesto galán

Cary Grant

PRODUCCIONES NACIONALES

MARIA DE LA O

(La obra terremoto)

La última cita

por José Crespo y Luana Alcáñiz

Lola Triana

por Raquel Meller

Maria Elena (Flor de Fuego)

Noches de Buenos Aires

Luisa Fernanda

La Reina mora

La casa de la Troya

COMO SIEMPRE *Biblioteca Films...*

ofrece a sus lectores

CALIDAD y no *Cantidad*

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

UNA peseta el tomo

Producciones nacionales y filmadas en español

DON JUAN DIPLOMATICO	Celia Montalván
EL EMBRUJO DE SEVILLA	Maria Ladrón de Guevara
UN HOMBRE DE SUERTE	Roberto Rey
CASCARRABIAS	Ernesto Vilches
LA VOLUNTAD DEL MUERTO	Antonio Moreno
SU NOCHE DE BODAS	Imperio Argentina
UN CABALLERO DE FRAC	Roberto Rey
EL COMEDIANTE	Ernesto Vilches
LUCES DE BUENOS AIRES	Carlos Gardel
ENTRE NOCHE Y DIA	Elena d'Algy
LOS QUE DANZAN	Antonio Moreno
LA DAMA ATREVIDA	Ramón Pereda
EL PRINCIPE GONDOLERO	Roberto Rey
CARNE DE CABARET	Lupita Tovar
MERCEDES	Carmelita Aubert
MELODIA DE ARRABAL	I. Argentina - C. Gardel
EL AGUA EN EL SUELO	Maruchi Fresno
ESPERAME	Carlos Gardel
UNA VIDA POR OTRA	Nancy Torres
DOCE HOMBRES Y UNA MUJER	Irene López Heredia
VIDAS ROTAS	Maruchi Fresno - L. Tovar
LA DOLOROSA	R. Díaz - Agustín Godoy
TRES AMORES	Mona Maris - J. Crespo
UNA SEMANA DE FELICIDAD	R. Rodrigo - A. Palacios
DALE DE BETUN	Juan de Landa - A. Colomé
EL DESAPARECIDO	Rambal - Trini Moren
EL TANCO EN BROADWAY	Carlos Gardel
LA ULTIMA CANCION	Antonio Ortiz
20.000 DUROS	Charito Leonis
RUMBO AL CAIRO	Mary del Carmen
EL MALVADO CARABEL	Antoñita Colomé - A. Vico
EL OCTAVO MANDAMIENTO	Lina Yegros
PODEROSO CABALLERO	Casimiro Ortas
ALAS SOBRE EL CHACO	Lupita Tovar - A. Moreno
EL DIA QUE ME QUIERAS	Carlos Gardel
EL GATO MONTES	Pablo Hertogs
UNA MUJER EN PELIGRO	Antoñita Colomé

PRECIOS A

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en billos de correo. Remitan elase rétinosa para el certificado. Envaguen gratis.

Ediciones Biblioteca Films

LAS MARAVILLAS DE LA TEMPORADA

Precio: Una pta. tomo

GLORIA DE UN DIA	Katharine Hepburn
LA NOVIA DE FRANKENSTEIN	Boris Karloff
EL REY SOLDADO	Enid Jannings
ESTRICTAMENTE CONFIDENCIAL	W. Baxter - Myrna Loy
OJOS NEGROS	S. Simon - Harry Baer
LA ALEGRE DIVORCIADA	G. Rogers - Fred Astaire
UNA NOCHE DE AMOR	Grace Moore
LA VIUDA ALEGRE	M. Chevalier - J. McDonald
EL CABALLERO DE FOLIES BERGERE	Maurice Chevalier
CONTRA EL IMPERIO DEL CRIMEN	James Cagney
CORAZONES ROTOS	Katharine Hepburn
LA TELA DE ARANA	Myrna Loy - W. Powell
LA DIOSA DEL FUEGO	Helen Gahagan
EL LOBO HUMANO	Henry Hull
ROBERTA	F. Astaire - G. Rogers
NOCHE NUPCIAL	Gary Cooper
LOS ULTIMOS DIAS DE POMPEYA	Preston Foster
HORROR EN EL CUARTO NEGRO	Boris Karloff
MAZURCA	Pola Negri
EL CARDENAL RICHELIEU	George Arlino
EL ESCANDALO DEL DIA	Clark Gable
LA FERIA DE LA VANIDAD	Miriam Hopkins
DEJADA EN PRENDA	Shirley Temple
MARES DE CHINA	Clark Gable
EL SOMBRERO DE COPA	F. Astaire - G. Rogers
QUIEREME SIEMPRE	Grace Moore

Pida su ejemplar antes de que se agote

PREMIOS A

EDITORIAL «ALAS», - Apartado 707. - BARCELONA

Se reciben números sueltos y ediciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Práguenlos gratis.

CANCIONERO

(El primero en su género
y el que todos imitan)

32 páginas de texto: 30 céntimos cada volumen

TANGO ARGENTINO

Imperio Argentina
Azucena Maizani
Goyita Herrero
Inésita Pena
Carlos Gardel
Agustín Irusta
Irusta, Fugazot, Demare
Eduardo Bianco
Giliberti
Mario Visconti
De Val
Magaldi, Noda
Tania-Discépolo
Pco. Spaventa

FILMS SONOROS

Jeanette Mac. Donald
Lilián Harvey
Marilyn Dietrich
Janet Gaynor
Meg Lemonnier
Carmelita Amber
Mis Voz 1935
Isabella Pradas
Maurice Chevalier
Jean Kiepura
José Mojica
Roberto Rey
Charles Farrell
Henry Garat

TIPLES

Enriqueta Serrano

TENORES

Hipólito Lázaro
Miguel Flea
Emilio Vendrell
Tino Folgar
Juan García

BARITONOS

Emilio Sagi-Barba
Marcos Redondo
Eduardo Brito

BAJOS

Pablo Jorge

VEGETES DE RE- VISTA

Celia Gámez
Olvido Rodríguez
Margarita Carbajal
Laura Pinillos
Conchita de Leonardo

EXCENTRICOS

Blanca Negri
Rampar
Alady
Lepe

TONADILLERAS Y CUPLETISTAS

Raquel Meller
Carmen Flores
Mercedes Serós
Elvira de Anaya
Luisita Esteso
Conchita Piquer
Estrellita Castro
«La Yankee»

CANTE JONDO

Pastora Imperio
La copla andaluz
Custodia Romero
«Argentinita»

Rosario de Triana
Conchita Martínez
Niña de Linares
Lola Cabello
Niño de Marchena
Angelito
Canalejas
Guerrita
Niño de Talavera
El Americano

JOTAS ARAGONESAS

Felisa Galé

RUMBAS Y CANTOS CURANOS

Josefina Baker
Elsie Bayrón
Alberio II Ribera

CANCIONES MEJICA- NAS

Lupe Rivas Carbo

CANCIONES AMERICANA- NAS Y DE JAZZ

Trini Moren
Steffi Duna y
Don Alvarado

ORQUESTAS

Orquestina Planas

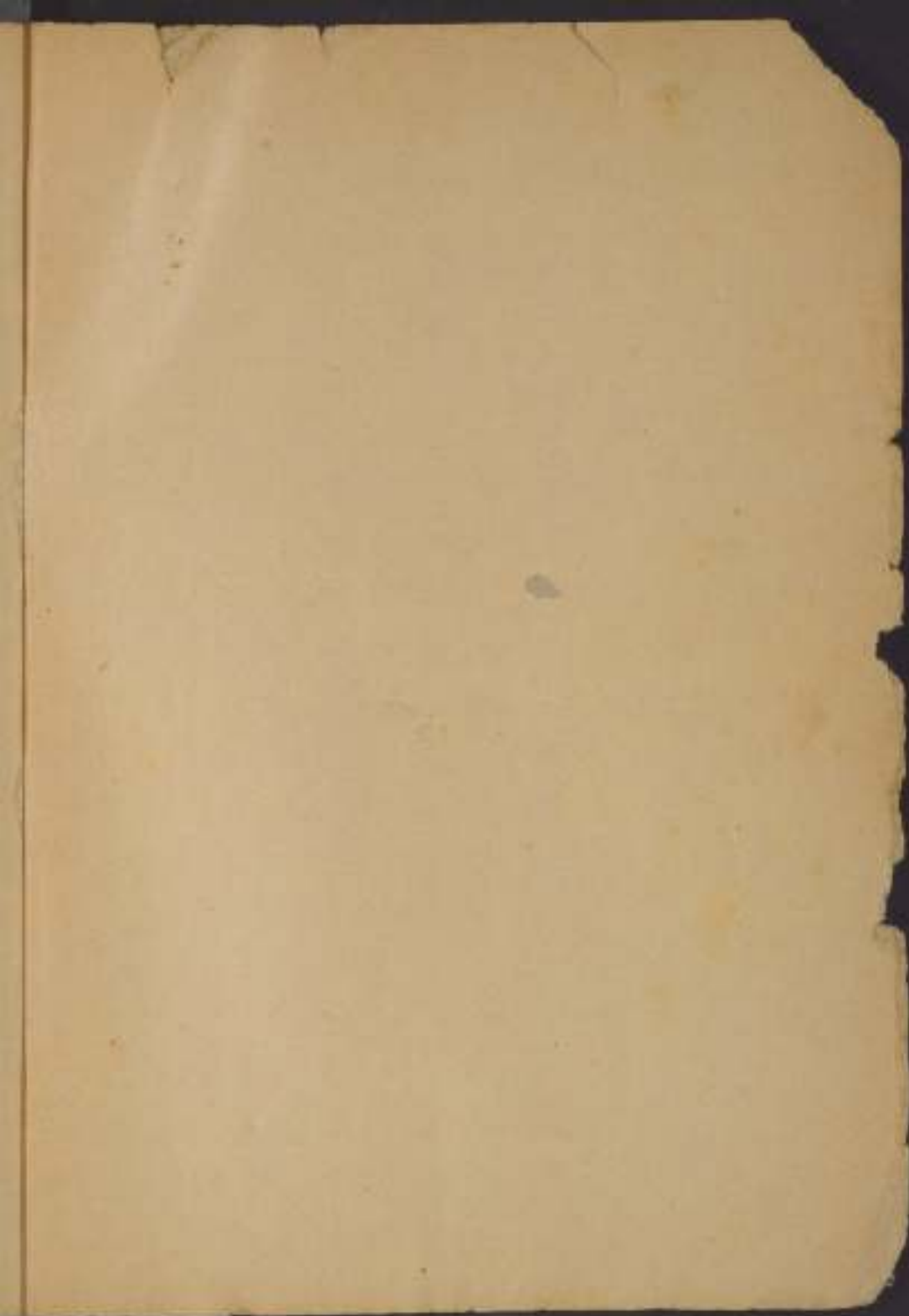
CANCIONES FRIVO- LAS

(No aptas para señori-
tas)

Olimpia de Córdoba
La Fornarina

PEDIDOS A Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona

Servimos además suscripciones y colecciones completas, previa envío del im-
porte en sellos de correo. Remittas cinco céntimos para el certificado.
Franqueo gratis



EDITORIAL
"AQS"

UNA peseta

